

Orígenes universales y retos actuales de la IAP (Investigación Acción Participativa)

Orlando Fals Borda

A finales del año pasado recibí de la Universidad de Bath (Inglaterra) una invitación para contribuir, con mis memorias y apreciaciones personales, a un Manual Internacional de Investigación Acción que publicará SAGE en Londres. Decidí aceptar por tres razones: 1) Creo llegado el momento de hacer un balance histórico-intelectual de lo realizado sobre el tema en varios países, en especial en Colombia que fue uno de los pioneros. 2) El Manual puede ser una contribución a la búsqueda de paradigmas alternos en las ciencias contemporáneas, lo que volverá a discutirse en el próximo Congreso Mundial de la IAP en Australia en septiembre del 2000. 3) Quise que Análisis Político y su público conocieran antes estas reflexiones, por cuanto debemos al IEPRI mucho del impulso mundial del tema mediante su auspicio del Congreso de 1997. Esta es entonces la versión española de la que se leerá posteriormente en inglés, con lo que aspiro a cerrar el ciclo de mis intervenciones publicadas sobre la materia (que Análisis Político inauguró en 1988), dejando paso a los que vienen.

Los últimos treinta años fueron testigos de una deliberada transición en la forma como se han venido examinando las relaciones entre la teoría y la práctica. A partir de la conocida insistencia académica sobre la neutralidad valorativa y la independencia en la investigación, por las insatisfacciones que éstas producen resultó compulsivo para muchos asumir posiciones personales más definidas en cuanto a la evolución de las sociedades. Las recurrentes crisis estructurales que todos experimentamos lo han venido haciendo necesario.

Esas tensiones vitales activaron en estos años conocimientos y técnicas relativamente nuevas, comprometidas de lleno con la acción social y política, que han tenido como objetivo inducir las transformaciones consideradas necesarias. Las condiciones para llevar a cabo tales tareas parecían y siguen siendo evidentes: se hallan a flor de tierra en regiones pobres y subdesarrolladas, donde una explotación económica extrema y dura ha ido acompañada de destrucción humana y cultural.

El presente artículo explica cómo un buen grupo de intelectuales (sociólogos, economistas, antropólogos, teólogos, comunicadores, etc.), entre ellos el autor, preocupados por situaciones tan problemáticas, trabajamos para hacerles frente. Trataré de describir las principales formas que ha tenido aquella búsqueda, en la que han confluído una metodología participativa de investigación y una filosofía positiva de vida y de trabajo. Además, me referiré a algunos de los “retos del futuro” que se evidenciaron y discutieron en el Congreso Mundial de Convergencia Participativa realizado en Cartagena en 1997.

1970: Un año crucial

El primero de una serie de puntos de inflexión afectados por las invivibles situaciones que observábamos, ocurrió en 1970. Entendíamos que las crisis se producían por la expansión del capitalismo y por la modernización globalizante, fenómenos que estaban acabando con la textura cultural y biofísica de las ricas y diversificadas comunidades que conocíamos. Guardar silencio y hacernos los ciegos ante el colapso de valores y actitudes sobre la naturaleza y los seres humanos que creíamos positivas, era una tragedia que sufríamos como en carne propia.

Para prepararnos mejor en tan difíciles coyunturas, tuvimos necesidad de hacernos una autocrítica radical así como de reorientar la teoría y la práctica social. La experiencia iba en contravía de nuestras concepciones sobre la racionalidad y el dualismo cartesianos y sobre la ciencia "normal": de éstas no podíamos derivar respuestas certeras ni obtener mucho apoyo, en especial de las universidades e instituciones donde nos habíamos formado profesionalmente. En consecuencia, a medida que nos sentíamos más y más insatisfechos con nuestro entrenamiento y con nuestro aprendizaje, algunos de nosotros rompimos las cadenas y decidimos abandonar la academia.

Fue precisamente en el curso del año de 1970 cuando empezamos a crear instituciones y formalizar procedimientos alternos de investigación y acción, enfocados hacia los problemas regionales y locales en los que se requerían procesos políticos, educativos y culturales emancipativos. Curiosamente, estos esfuerzos sobre la sociedad y la cultura se realizaron de manera independiente y casi al mismo tiempo en continentes diferentes, sin que ninguno hubiera sabido de lo que los otros estaban haciendo. Fue como una telepatía inducida por la urgencia de comprender la naturaleza del mundo trágico y desequilibrado que se estaba formando. También acusamos el estímulo de las revoluciones políticas del siglo XX.

Entre aquellos trabajos de 1970 que tuvieron efecto considerable en nuestras subsecuentes actividades con el empleo de la Investigación (Acción) Participativa que se fue formando (1), destaco los siguientes:

- La aparición del Bhoomi Sena (Ejército de la Tierra) en Maharashtra, India, con masivas tomas pacíficas de tierra dirigidas por Kaluram, un científico social que nunca terminó sus estudios, pero que asistió en la formulación de principios básicos de IP (2).

- La organización y registro formal en el Ministerio de Justicia de una de las primeras ONG de Colombia, la Rosca de Investigación y Acción Social, fundada por un grupo de profesores que habíamos abandonado los predios universitarios y empezábamos a cooperar con campesinos e indígenas para combatir el latifundio (3)

- La terminación de un proyecto de inmersión participativa de cinco años en la aldea de Bunju en Tanzania, por la antropóloga Marja Liisa Swantz, proyecto que abrió posibilidades de investigación alternativa en el África y en otras partes del mundo (4).

- La comunicación subterránea, de mano en mano, que facilitó la lectura en el Brasil del clásico libro de Paulo Freire, Pedagogía del oprimido, antes de su publicación por fuera del país durante el mismo año. Paulo, quien ya estaba exilado por la dictadura militar, encontró un hogar intelectual en el Centro IDAC del Consejo Mundial de Iglesias, Ginebra, Suiza, que dirigían los educadores Miguel y Rosisca Darcy de Oliveira (5).

- Como en el Brasil, durante el mismo año en México, Guillermo Bonfil y un grupo de colegas iniciaron acciones críticas en la Universidad Nacional Autónoma para exigir cambios en la orientación del departamento de antropología (6). Otro crítico, Rodolfo Stavenhagen, trabajaba entonces en Ginebra en el Instituto de Estudios Laborales terminando su influyente ensayo, "Cómo descolonizar las ciencias sociales aplicadas", y preparándose para regresar a su país y fundar el innovador Instituto de Cultura Popular (7).

Durante el mismo año, hubo esfuerzos dispersos, pero convergentes, en Paris, Ginebra y México donde aparecieron materiales de apoyo sobre "engagement" (compromiso), subversión, herejía, liberación y crisis política. Estos materiales fueron publicados en la revista Aportes, en la serie de lecturas de conferencias del Foyer John Knox, y en la nueva casa editorial "Nuestro Tiempo" (8). Y más que coincidental, luego de la rebelión parisina estudiantil de 1968, salieron a la palestra los maestros de la Escuela de Frankfurt, y Tom Bottomore, Henri Lefebvre y Eric Hobsbawm, entre otros, que impulsaron la transformación en ciernes y desafiaron la institucionalidad dominante.

Fue también especialmente valiosa para nosotros la aparición en 1970 de la edición en la Universidad de Minnesota del libro Contra el método, de Paul K. Feyerabend, distinguido colega de Thomas Kuhn el reformulador del concepto de paradigma. Este libro nos suministró munición adicional para avanzar en los empeños de transformación sociopolítica de nuestras sociedades, ya que presentaba tesis sobre la utilidad del anarquismo como filosofía para reconstruir la epistemología, y para disponer de mejores bases en la práctica científica.

Algunas preocupaciones iniciales

Al discurrir la década de los 70, nos resultó cada vez más claro que la I(A)P necesitaba de nuevos elementos conceptuales que guiaran nuestro trabajo. Queríamos ir más allá de los primeros e inseguros pasos que habíamos dado con la psicología social (Lewin), el marxismo (Lukacs), el anarquismo (Proudhon, Kropotkin), la fenomenología (Husserl, Ortega), y las teorías liberales de la participación (Rousseau, Owen, Mill). No nos pareció suficiente hablar sólo de acción o de participación. También sentimos la necesidad de continuar respetando la validez inmanente de la metodología crítica, aquella que dispone de una sola lógica para la investigación científica, tal como nos lo enseña (9). Queríamos realizar nuestras tareas con la misma seriedad de propósitos y cultivada disciplina a que aspiran aún las universidades.

De estas urgencias de los años 70 derivamos las preocupaciones iniciales del qué hacer. Además de establecer las reglas de una ciencia rigurosa y pertinente, quisimos prestar atención al conocimiento de las gentes del común. Estuvimos dispuestos a cuestionar los meta-relatos de moda, como el liberalismo y el desarrollismo. Descartamos nuestra jerga especializada con el fin de comunicarnos en el lenguaje cotidiano y hasta con formas de multimedia. Y ensayamos procedimientos novedosos de cognición, como hacer investigación colectiva y con grupos locales con el propósito de suministrarles bases para ganar poder. Ahora, con el beneficio del retrovisor, podemos ver que, en algunas formas, nos anticipamos al postmodernismo. Cuando nosotros trabajábamos así, los pensadores de esta corriente apenas iniciaban su juego. Creo que nosotros los desbordamos cuando buscamos articular los discursos con experiencias prácticas y observaciones concretas en el terreno, en lo que llegamos a diferenciarnos de ellos.

A partir de esta serie de preocupaciones prácticas, asumimos tres grandes retos relacionados con la deconstrucción científica y reconstrucción emancipatoria que queríamos realizar. El primer reto tuvo que ver con las relaciones entre ciencia, conocimiento y razón; el segundo, con la dialéctica entre teoría y práctica; y el tercero, con la tensión entre sujeto y objeto. A continuación me referiré sucintamente a cada uno de estos retos y a las formas como tratamos de asumirlos.

Sobre la ciencia, el conocimiento y la razón

Para empezar a dirimir estas cuestiones, pusimos en entredicho la idea fetichista de ciencia - verdad que nos había sido transmitida como un complejo lineal y acumulativo de reglas confirmadas y leyes absolutas. Empezamos a apreciar, en los hechos, que la ciencia se construye socialmente, y que por lo tanto queda sujeta a interpretación, reinterpretación, revisión y enriquecimiento. Nos pareció obvio postular que el criterio principal de la investigación debería ser la obtención de conocimientos útiles para adelantar causas justas. De allí provino la dolorosa confirmación de nuestra propia incapacidad para adelantar estas tareas, pero también la esperanza de descubrir otros tipos de conocimiento a partir de fuentes reconocidas pero no suficientemente valoradas, como las originadas en la rebelión, la herejía, la vida indígena y la experiencia de la gente del común.

Al descubrir las formas de producir convergencias entre el pensamiento popular y la ciencia académica, creo que pudimos ganar un conocimiento más completo y aplicable de la realidad, en especial para y por aquellas clases desprotegidas que tienen necesidad de apoyos científicos. Hallamos que era posible y conveniente efectuar estas convergencias. La necesaria armonía intelectual de la nueva experiencia pudo obtenerse apelando a aquellos pioneros que se habían apartado de algunas formas del empirismo lógico, del positivismo y/o del funcionalismo. Así, de Kurt Lewin y Sol Tax tomamos el concepto triangular de la "investigación acción" (IA). Del informe de Daniel P. Moynihan sobre la pobreza (para el gobierno del Presidente Johnson de los Estados Unidos) (10), dedujimos que la IA era en efecto aplicable en comunidades no muy consideradas, como las negras, lo que estimuló la serie

posterior de “subaltern studies”. Y el educador americano Myles Horton, junto con los mineros del carbón de los montes Apalaches, logró fundar el Centro Educativo e Investigativo de Highlander, que se convirtió en un bastión de la IP (11).

Para discutir el difícil problema del propósito de la ciencia y del conocimiento, empezamos a examinar con mayor cuidado los conceptos de racionalidad transmitidos desde el siglo XVII. Ahí constaban la operatividad racional de Newton y la razón instrumental de Descartes para comprender y controlar la naturaleza. Como se sabe, estas ideas adquirieron de manera implícita un componente autoobjetivo identificado luego con el cientifismo. Pero, en cambio, también aparecieron los argumentos de Bacon y Galileo sobre la práctica y las necesidades comunitarias, con el fin de justificar la existencia de la ciencia y explicar las funciones generales de la vida cotidiana. Estos dos procedimientos, que quedan igualmente sujetos a procesos de causa y efecto, pueden sumarse si recordamos que el conocimiento popular siempre ha sido fuente del conocimiento formal. Por lo tanto, el principio de acumulación académica con sabiduría del común se convirtió en un importante cartabón teórico para nuestro movimiento, sin necesariamente darle siempre la razón al pueblo. Tratamos de hacer un rescate crítico de lo popular evitando las trampas de la apología del populismo.

Igualmente confirmamos nuestra impresión de que este proceso cognitivo tenía un componente ético. Al dar por sentada la vida corriente y dejarla de lado, con la racionalidad instrumental se había permitido acumular un potencial letal que puede llevar al genocidio y a la destrucción mundial, como lo hemos palpado en nuestro siglo. Los científicos instrumentales pueden así descubrir fórmulas que capaciten llegar a la luna; pero sus prioridades y valores personales les impiden resolver los sencillos problemas de la campesina que debe buscar cada día el agua para su casa. Lo primero es de interés del desarrollo técnico; lo segundo es expresión de inhumanidad e inequidad.

Por estas razones llegamos a declarar que las gentes del común merecen conocer más sobre sus propias condiciones vitales para defender sus intereses, que aquellas otras clases sociales que han monopolizado el saber, los recursos, las técnicas y el poder mismo, es decir, que debemos prestar a la producción del conocimiento tanta o más atención que a la producción material. Así podíamos inclinar la balanza en pro de la justicia para los grupos desprotegidos de la sociedad.

En esta forma, la ciencia bien concebida exige tener una conciencia moral, y la razón habrá de ser enriquecida -no dominada- con el sentimiento. Cabeza y corazón tendrían que laborar juntos, enfocando desafíos que no se pueden encarar sino con posiciones éticas que busquen equilibrar lo ideal con lo posible mediante la aplicación de una epistemología holística. Estos argumentos, que tienen que ver con la construcción de un paradigma científico satisfactorio, los elaboro más adelante.

Sobre teoría y práctica

Al entender más claramente cómo el conocimiento popular podía ser congruente con la heredad de la ciencia académica, tuvimos que descartar algunas definiciones profilácticas de “compromiso” (compromiso-pacto) que nos habían enseñado. Advertimos que aquellos colegas que aducían trabajar con neutralidad y objetividad absoluta, terminaban voluntaria o involuntariamente apoyando el statu quo, con lo que obscurecían la realidad o buena parte de ella, e impedían las transformaciones sociales y políticas en las que estábamos inmersos o que ansiábamos impulsar. Rechazamos la tradición académica de utilizar (y a veces explotar) la investigación y el trabajo de campo principalmente para hacer carrera.

Estas preocupaciones nos llevaron a dos etapas difíciles y algo peligrosas: 1) la de descolonizarnos, esto es, descubrir en nuestras propias mentes y conductas aquellos rasgos reaccionarios que se nos habían implantado, mayormente por el proceso educativo; y 2) la de la búsqueda de una estructura valorativa basada en la praxis que, sin olvidar las reglas de la ciencia, pudiera dar soporte a nuestra obra.

Este compromiso-acción, inspirado en la praxis, encontró fundamento en la actividad iconoclasta de líderes del Tercer Mundo como el sociólogo-sacerdoteguerrillero Camilo Torres en Colombia, a quien delineamos como prueba del “subvertor moral”; del educador Paulo Freire tomamos el atrevido modelo de la “concientización dialógica”; del Mahatma Gandhi, la práctica de la no-violencia; y del presidente tanzano Julius Nyerere, sus políticas de “ujamaa” para el progreso y la justicia en las atrasadas aldeas africanas.

Vimos, por fortuna, que no estábamos solos en estas luchas prácticas por la transformación social. En América Latina (además de los pioneros trabajos de los socialistas José Carlos Mariátegui, Ignacio Torres Giraldo y otros), revisamos los aportes pertinentes de escritores como el brasilero L. A. Costa Pinto sobre resistencias al cambio; y los análisis de la explotación por el mexicano Pablo González Casanova. En el África, los estudios del imperialismo por el economista Samir Amin fueron indispensables, así como el examen de algunas experiencias sobre “recherche action” en Senegal (12).

Uno de los problemas específicos que tuvimos, se radicó en las tendencias hacia la auto-objetivación en las ciencias a que hice alusión antes. El cientifismo y la tecnología, dejados solos, podían producir una gran masa de datos e informaciones redundantes, como ocurrió en los Estados Unidos entre los positivistas, funcionalistas y empíricos enloquecidos por explicar formas de integración social. Nosotros, en cambio, tratamos de teorizar y obtener conocimientos a través del involucramiento directo, la intervención o la inserción en procesos concretos de acción social. Esta solución alivió un tanto la separación cíclica entre teoría y práctica. También fue posible rescatar entre nosotros las tradiciones utópicas y activas de fundadores sociológicos como Saint-Simon, Fourier y Comte, y aprender de movimientos sociopolíticos del siglo XIX como el cooperativismo, la alfabetización, el Cartismo, el feminismo y el sindicalismo.

En este punto estratégico de nuestro desarrollo intelectual y político, entró el importante contingente de los educadores comprometidos con la praxis, i.e., los de la educación popular y de adultos, y los trabajadores sociales. Seguimos entonces el rumbo señalado por Freire y Stenhouse sobre la necesidad de combinar la enseñanza y la investigación, y de trascender la rutina pedagógica con fines de alcanzar claridad comunicativa, justicia social y avivamiento cultural. El Consejo Internacional de Educación de Adultos (ICAE) del Canadá, con la dirección de Budd Hall, organizó una red mundial de IP con nodos en Nueva Delhi, Dar-es-Salaam, Ámsterdam y Santiago de Chile, y publicó la influyente revista *Convergence*. Casi simultáneamente, en la Universidad de Deakin, Australia, un grupo de profesores encabezados por Stephen Kemmis empezaron a trabajar con los Aborígenes Yothu-Yindi y a producir conceptos centrales de la I(A)P como la “espiral”, el “ritmo reflexiónacción” y la “investigación emancipativa” (13).

Finalmente, fue Bacón quien otra vez nos resolvió los dilemas que se crean por la acción directa y la primacía de lo práctico. En su folleto de 1607 titulado, *Pensamientos y conclusiones*, leímos: “En la filosofía natural, los resultados prácticos no son sólo una forma de mejorar condiciones, sino también una garantía de la verdad... A la ciencia se le debe reconocer por sus obras, como ocurre con la fe en la religión. La verdad se revela y establece más por el testimonio de las acciones que a través de la lógica o hasta de la observación”. De modo que proseguimos con mayor convicción a adoptar la guía de que la práctica es determinante en el binomio teoría / praxis, y la de que el conocimiento debe ser para el mejoramiento de la práctica, tal como lo enfatizaron los educadores de la concientización.

Sobre el sujeto y el objeto

Evitamos igualmente extender al campo de lo social aquella distinción positivista entre sujeto y objeto que se ha hecho en las ciencias naturales, y en esta forma impedir la mercantilización o cosificación de los fenómenos humanos que ocurre en la experiencia investigativa tradicional y en las políticas desarrollistas. Sin negar características disímiles estructurales en la sociedad, nos parecía contraproducente para nuestro trabajo considerar al investigador y al investigado, o al “experto” y los “clientes”, como dos polos antagónicos, discordantes o discretos. En cambio, queríamos verlos a ambos como seres “sentipensantes”, cuyos diversos puntos de vista sobre la vida en común debían tomarse en cuenta conjuntamente.

La resolución de esta tensión nos llevó a adoptar lo que Agnes Heller (14) llamó después “reciprocidad simétrica” (15), que incluye respeto y aprecio mutuos entre los participantes y también entre los humanos y la naturaleza, con el fin de arribar a una relación horizontal de sujeto a sujeto. Además, la resolución de esta tensión se nos convirtió en otra forma de definir lo que es una auténtica participación, distinta de las versiones manipuladoras de liberales conocidos (como la del politólogo Samuel Huntington), y como una fórmula para combinar diferentes clases de conocimiento. Al aplicarse plenamente, esta filosofía participativa podía producir cambios en la conducta personal, y también transformaciones sociales y colectivas, como en los movimientos

políticos (por ejemplo, los de participación popular en Colombia que fueron incorporados a la Constitución de 1991).

Estos principios de horizontalidad tuvieron consecuencias prácticas en nuestras tareas investigativas. Por ejemplo, las encuestas o cuestionarios debían concebirse y construirse ahora de manera diferente, no vertical o autoritariamente, sino con plena participación de los entrevistados, desde el mismo comienzo. Se hizo posible la investigación colectiva o grupal, con ventajas en la obtención de datos más interesantes, con resultados ajustados y triangulados. Y aquella barrera en las relaciones entre los intelectuales y las gentes de las bases y sus líderes pudo vencerse un tanto. Tratamos de convertir el sentido común en el “buen sentido” de Antonio Gramsci recuperando su consejo de sobreponerse a las tendencias autoritarias de la religión y el mismo sentido común, con el fin de inducir transformaciones libres para la cohesión y la acción social. Aunque la “organicidad” no fuera necesariamente partidista, en esto nos identificamos como “intelectuales orgánicos” de las bases, como aquel pensador lo había recomendado, y conformamos nuevos “grupos de referencia” con líderes de las bases populares. Estos pronto reemplazaron a los profesores universitarios que habían sido nuestros referentes en épocas formativas.

Una vez reconocida la relación vital y simétrica de la investigación social, procedimos a inventar la técnica de la “restitución” o “devolución sistemática” con fines comunicativos, para facilitar la apropiación social del conocimiento. El papel fundamental del lenguaje fue reconocido. Tuvimos que modificar nuestras costumbres de informar al público para que éste entendiera bien los datos y mensajes reportados. Desarrollamos así una técnica diferencial de comunicación según nivel de alfabetización que tuvo como consecuencia rescatar y corregir la historia oficial o elitista, y reinterpretarla siguiendo intereses diferentes de clase social. Practicamos la imputación acumulativa de información y la proyección simbólica. Desarrollamos cuentos-casetes, folletos ilustrados, vallenatos y salsas protesta, retratos hablados y mapas culturales.

También se afectó el estilo de la escritura, al introducir un procedimiento literario que llamamos del “Logos- Mythos”, de dos lenguajes combinados o simultáneos. Según este procedimiento, se combinan los datos “duros” o “datoscolumnas” del meollo del relato --que hay que respetar y citar sin deformar-- con una interpretación imaginativa, literaria y artística en la “corteza” del mismo, colocando la información dentro de marcos culturales definidos. Estas técnicas las aprendimos de los novelistas del “boom” latinoamericano: Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez y Eduardo Galeano (16).

La I(A)P como filosofía de la vida

Durante aquellos años de elaboración de la investigación participativa, tuvimos el privilegio de observar directamente, dentro de los procesos mismos, algunos resultados de nuestra labor. Sin duda los procesos eran y siguen siendo lentos; pero todo avance logrado en mejorar las condiciones locales y estimular el poder y la dignidad del pueblo, así como la autoconfianza de las gentes de

base, resultó siempre en una maravilla, en una experiencia que nos llenaba de satisfacción y que nos formaba a todos, así a los líderes de los grupos de base como a los investigadores orgánicos o llegados de fuera. Vimos que era posible desplegar el espíritu científico aún en las más modestas y primitivas condiciones; que trabajos importantes y pertinentes para nuestros pueblos no tienen por qué ser costosos o complicados. En consecuencia, comprobamos la inutilidad de la arrogancia académica y en cambio aprendimos a desarrollar una actitud de empatía con el Otro, actitud que llamamos “vivencia” (el *Erfahrung* de Husserl). Nos fue fácil así, con el toque humano de la vivencia y la incorporación de la simetría en la relación social, escuchar bien aquellos discursos que provenían de orígenes intelectuales diversos o que habían sido concebidos en sintaxis culturales diferentes.

El clímax de aquella temprana búsqueda de nuevos tipos de trabajo que combinaran lo científico con lo activista/emancipativo, ocurrió en Cartagena en 1977, cuando se celebró el primer Simposio Mundial de Investigación Activa (17). Esta reunión resultó en un fructuoso y estimulante intercambio intelectual, en el que participaron, entre otros, nuestro primer epistemólogo, Paul Oquist, quien poco más tarde se convertiría en ministro de la Revolución Sandinista de Nicaragua. Se reclamó la necesidad del paradigma alternativo por el filósofo y educador alemán Heinz Moser. Escuchamos advertencias juiciosas de científicos políticos como James Petras (Estados Unidos), Aníbal Quijano (Perú) y Lourdes Arizpe (México) en relación con el trabajo científico y la acción política. El profesor Ulf Himmelstrand (Suecia), quien pasaría luego a ser presidente de la Asociación Internacional de Sociología, tendió puentes a los académicos escépticos; y hubo muchas más contribuciones sobre valores sociales, poder popular y vida política.

Se definió entonces a la investigación participativa como una vivencia necesaria para progresar en democracia, como un complejo de actitudes y valores, y como un método de trabajo que dan sentido a la praxis en el terreno. A partir de aquel Simposio, había que ver a la IP no sólo como una metodología de investigación sino al mismo tiempo como una filosofía de la vida que convierte a sus practicantes en personas sentipensantes. Y de allí en adelante, nuestro movimiento creció y tomó dimensiones universales (18).

Perspectivas liberacionistas y el nuevo paradigma

Una vez definidos los retos existenciales y revisado críticamente el trabajo realizado o en progreso, nos preguntamos: ¿Qué hacemos con el conocimiento así obtenido? Hé aquí nuestra respuesta relativa: no parece haber salidas únicas, sino que debemos persistir en la transformación y reencantamiento del mundo, en una búsqueda plural y abierta de condiciones de vida más constructivas y mejor equilibradas.

Tal ha sido, en efecto, el tema implícito, y con frecuencia explícito, de nuestras ocho reuniones mundiales (19). Estos congresos –en especial el realizado en junio de 1997 también en Cartagena, al que asistieron cerca de 2.000 delegados de 61 países (20)– han condenado la situación actual de nuestro mundo y han propuesto fórmulas para superar las incertidumbres del presente.

Ni la acumulación del conocimiento científico y sus técnicas, ni las afamadas políticas de desarrollo socioeconómico han resuelto los críticos problemas locales y regionales, tampoco los nacionales. La herencia de la racionalidad que nos dejara la Ilustración no ha sido suficiente y, en consecuencia, las instituciones nacionales e internacionales a cargo de proyectos de desarrollo han visto necesario buscar alternativas. Como se ha demostrado en nuestros congresos y en el terreno, los proyectos de investigación participativa, sin ser únicos, son bastante diferentes, han demostrado éxitos, y su lenguaje se considera ahora “políticamente correcto”. De allí que los desarrollistas apurados (y los académicos, los expertos, los empresarios asustados) hayan hecho estampida para cooptar la I(A)P (21). Las formas de trabajo y estudio que se consideraban subversivas en 1970 ahora se ven útiles, y se buscan para dar comienzo a un nuevo juego: el de la utopía pluralista que asimila la Razón a la Liberación (22).

Por supuesto, no es dable hablar hoy de liberación en un mundo postmoderno en aquellos mismos términos intencionales de las revoluciones anteriores, comenzando con la Francesa y terminando con la Cubana. La liberación nacional como resultado de la toma del poder del Estado por la fuerza de las armas no parece tener mucha resonancia hoy, y el síndrome del Palacio de Invierno de nuestros años formativos ya no es aplicable. Pero persisten los viejos ideales del avance personal y social y de la insurgencia política. El sentido del reto progresivo e insurgente ha sido descrito por Immanuel Wallerstein (23) en relación con “dos modernidades”: la de la tecnología y la de la liberación. Según su opinión, este par simbiótico conforma “la contradicción cultural central de nuestro moderno sistema mundial, el del capitalismo histórico... que lleva a una crisis moral e institucional”.

Este es, pues, el llamamiento contemporáneo a la liberación que debe llevar a una democracia sustantiva y plural y a la realización humana, una “modernidad eterna” que se puede dispensar entre los billones de personas de los países pobres, tal como lo hemos vivido los investigadores de la I(A)P. Creemos que todavía hay necesidad de herejes y de cruzados que adelanten la gran aventura de la emancipación de los pueblos, con el fin de romper el *ethos* explotador y opresivo que ha saturado al mundo.

Tan inmenso desafío ha llevado a la generación actual de practicantes de la IP a redefinir el compromiso. Se ha sentido la necesidad de fundar las vivencias no sólo en la praxis como viene dicho, sino en algo más allá, porque no es suficiente con llegar a ser un mero activista. Ello ha llevado a añadir al concepto marxista-hegeliano de praxis, otro de Aristóteles: el de “frónesis”. La frónesis debe suministrar la serenidad en procesos políticos participativos, debe ayudar a encontrar el justo medio y la proporción adecuada para las aspiraciones, y sopesar las relaciones hermenéuticas entre “corazón” y “corteza” que provee la técnica del Logos-Mythos.

Este compromiso renovado por una liberación de servicio, amarra hoy la forma de vida y de práctica de la IP. Como viene dicho, la Investigación- Acción Participativa no ha sido una simple búsqueda de conocimientos. También conlleva una transformación en actitudes y valores individuales, en la

personalidad y en la cultura, vista como un proceso altruista. Tal puede ser el sentido más profundo de la I(A)P como proyecto histórico. Por lo tanto, el ethos de liberación / emancipación va relacionado con un nuevo desafío intelectual: la construcción de un paradigma práctica y moralmente satisfactorio para las ciencias sociales, con el fin de hacerlas congruentes con el ideal de servicio.

Cuando en el Simposio de 1977 se discutió la posibilidad de un paradigma alterno, hubo dudas en muchos de los participantes por cuanto preferíamos construir la I(A)P como un proyecto abierto, distinto del circuito cerrado y defensivo de la comunidad de científicos, convertidos en cancerberos del paradigma positivista. Al paso de estos veinte años, en el Congreso Mundial de 1997 ya hubo una opinión diferente. Colegas de prestigio consideraron que los valores que por regla general se consideran constitutivos del paradigma dominante (consistencia, simplicidad, cobertura, certeza, productividad) pueden enriquecerse con valores participativos como el altruismo, la sinceridad de propósitos, la confianza, la autonomía y la responsabilidad social. Otros delegados añadieron elementos de las teorías del caos y de la complejidad, como lo fractal y la serendipidad.

En fin, el paradigma alterno que aquí se dibuja por sumatoria parece confirmar el trabajo anterior y actual de la I(A)P, en especial el del Tercer Mundo donde nació, al combinar la praxis con la ética, el conocimiento académico con la sabiduría popular, lo racional con lo existencial, lo sistemático con lo fractal. Rompe la dicotomía sujeto-objeto. Se inspira en un concepto democrático pluralista de alteridad y de servicios, que favorece vivir con las diferencias, y que introduce perspectivas de género, clases populares y pluriétnicidad en los proyectos (24). Pero este paradigma no aparece aún como algo redondeable o final: sigue vivo el rico desafío estratégico de la apertura del proyecto, que la IAP no se construya como algo excluyente o totalista.

Los participantes del Congreso Mundial de 1997 consideramos que esta suerte de paradigma abierto ayudaría también a enfocar las multidisciplinas, esto es, aquellas áreas grises de traslapeo en las fronteras formales de las artes y las ciencias. La idea de mezclar visiones y metodologías con sus varias lecturas, se aplica en especial a las universidades para recobrar su capacidad crítica, sacudir su mundo departamentalizado, tedioso y rutinario, y llevar a estudiantes y profesores a un mayor contacto con los problemas de la vida real. No es necesariamente antiacadémica. Se aplica por igual a nuestro propio trabajo como investigadores participativos, ya que nosotros también estamos experimentando cierta dispersión. En nuestro primer Simposio ya había dos tendencias: una activista representada por el contingente latinoamericano, y otra de colegas educadores canadienses. A la contribución de los primeros sobre "investigación acción" los segundos añadieron la idea de "participación", con lo que nació la fórmula combinada de "investigación-acción participativa" (IAP) que dió la vuelta al mundo. Las dos tendencias sobrevivieron separadas hasta cuando la reflexión obviamente aclaró que la participación incluía elementos de acción y compromiso (como en efecto lo había dicho Polanyi), por lo tanto la IAP, en el fondo, podía verse también como IP. Para facilitar esta transición, propuse -sin mucho éxito hasta ahora- conservar el elemento de la acción, dejando la A en paréntesis por un tiempo prudencial.

No obstante, al celebrarse el Congreso Mundial de 1997 el número de “escuelas” o tendencias de IP y trabajos relacionados había crecido a cerca de 32, lo cual reflejó realidades y condiciones locales. El compás de sus diferencias corría desde las ayudas técnicas propuestas por Robert Chambers con su Diagnóstico Rural Participativo hasta la sofisticación teórica de la Investigación Constructivista de Yvonna Lincoln. En la Universidad de Calgary en Canadá se ensayó un intercambio electrónico por e-mail, antes del Congreso Mundial, entre once de tales “escuelas” o corrientes, con el fin de inducir su convergencia. El informe sobre este experimento dió lugar a una de las más positivas e interesantes sesiones de aquella reunión (25). Aunque inconclusa, esta convergencia fue sostenida por los teóricos de sistemas también presentes en el Congreso, que han seguido las orientaciones de P.B. Checkland sobre investigación activa y teorías emancipativas (26) (1991; Churchman 1979; Flood y Jackson 1996; Flood 1997), con base en un pluralismo de causas y efectos y en una epistemología de índole holística o extensa (Reason 1994; Levin 1994). Un grupo de colegas escandinavos en el mismo Congreso fueron de la opinión, también convergente, de que la IP es simultáneamente descubrimiento y creación, y que se desarrolla en un espacio epigenético en el que “lo que es” sólo puede definirse en el contexto de “lo que debe ser” (27). Este punto de vista reforzó los componentes éticos del nuevo paradigma de servicio, así como el compromiso duplo de praxis más frónesis, que viene explicado.

Algunas tareas emergentes

El Congreso Mundial de 1997 ayudó a articular una serie de ideas como agenda para décadas futuras, con la ventaja de que en Cartagena ya hubo un diálogo fructuoso entre las diversas “escuelas” de investigación y acción participativa, y con el buen número de colegas que se hicieron presentes (28). Como resultado de aquella reunión, las siguientes son algunas de las principales tareas para los practicantes actuales de la IP, que me parece fueron allí articuladas.

La multidiscipliplina y la transformación institucional

A través de la práctica, y siguiendo las enseñanzas de innovadores como Gregory Bateson, Fritjof Capra, Ilya Prigogine y otros, hemos asimilado los méritos de la labor multidisciplinaria. Hemos demostrado su importancia para escuelas y universidades, y también en contextos globalizados, en empresas y en compañías. ¿Será imposible soñar con investigadores, educadores, filósofos, etc. trabajando hombro a hombro con físicos cuánticos y biólogos, y continuar la convergencia con los teóricos de sistemas? Si nos sentimos más a gusto con éstos que con los colegas tradicionales, si nos encanta combinar nuestro trabajo científico con expresiones literarias y artísticas, y si ello también le gusta a nuestra audiencia, ¿no podremos hacer avanzar los procesos holísticos y conectarnos más profundamente con diversas comunidades académicas y técnicas e inducir la convergencia entre los componentes internos de las instituciones? Al menos se podría producir una división académica del trabajo más satisfactoria y para beneficio de todos, incluso para

la propia familia de la investigación activa. Además, ¿qué tal si nos proponemos seguir trabajando para desarrollar mayor coherencia entre los proyectos de IP, IA e IAP, así para las bases sociales como para la academia? (Ver más adelante).

Criterios de rigor y validez

Sabemos que el rigor de nuestros trabajos se obtiene al combinar medidas cuantitativas, si son necesarias, con descripciones y críticas cualitativas y/o etnográficas, que la validez no es un ejercicio autista ni sólo una experiencia discursiva interna a los cómputos. Criterios pertinentes de validez pueden derivarse también del sentido común mediante el examen inductivo / deductivo de los resultados de la práctica, de las vivencias o del involucramiento empático dentro de los procesos, y del juicio ponderado de grupos de referencia locales. Aún más: una evaluación crítica puede hacerse en el proceso mismo del trabajo de campo sin tener que esperar el final de períodos arbitrarios o prefijados. Entonces, ¿cómo vamos a superar la persistencia del amateurismo en muchos de nuestros esfuerzos e informes sino trabajando más duro y con mayor cuidado? Así se siente hoy ampliamente, aunque todavía aspirando a una mejor práctica (29).

Proyectos generalizables

Creemos que para investigar síntomas de patología social como la anomia, la violencia, el conflicto y la drogadicción –que son tan comunes hoy en nuestro mundo–, no hay mejores métodos que aquellos provistos por la I(A)P. Es esencial hacer observaciones cuidadosas y respetuosas en las localidades. Al considerar la necesidad de compartir y extender el conocimiento adquirido para combatir aquellas expresiones, ¿cómo vamos a hacer estudios micros y macros de casos significativos con el fin de generalizar las interpretaciones teóricoprácticas, sin caer en la trampa de los “proyectos pilotos” tradicionales que tanto han fallado?

Deconstrucción de uniformidades globales

Hemos descubierto que hay tendencias globales hacia la uniformidad perjudiciales para la cultura y el medio ambiente (como las promovidas por políticas desarrollistas), que pueden ser subvertidas mediante esfuerzos locales de naturaleza cultural y de reavivamiento educativo para defender regiones y zonas. Ello debe ser satisfactorio para los investigadores activos. Pero como el enemigo es de proporciones tan enormes, poco se gana con esfuerzos aislados. ¿Cómo vamos a favorecer la deconstrucción del desarrollismo y de otras tendencias y prácticas globalizantes que son adversas a los intereses populares? ¿Cómo vamos a poner límites a las tendencias entrópicas y autodestructivas del capitalismo?

Investigación científica, educación y acción política

Sabemos que la educación, la información, la investigación y el trabajo científico y técnico actuales están diseñados ante todo para reforzar estructuras

injustas de poder. Entonces, ¿cómo podremos dar prioridad a la producción de conocimientos adecuados y responsables, de tal forma que los pueblos que han sido víctimas de la explotación y abuso capitalistas se conviertan en los principales receptores y beneficiarios de la investigación y de la docencia? Aquí nos abocamos al clásico dilema del intelectual responsable y el político pragmático. El Congreso Mundial de 1997 apoyó la idea de asumir un sentido moral de responsabilidad en la investigación, en la enseñanza y en la acción, aceptando las claras consecuencias políticas de todo ello. Si no, sería difícil entender cómo puedan resolverse situaciones insostenibles, mediante la aplicación de formas del contrapoder popular. Investigación, acción y enseñanza políticamente comprometidas con el progreso y la justicia social, e inspiradas en un nuevo humanismo, se destacan como soluciones, porque la I(A)P necesariamente implica la democratización. La democracia participativa construida de abajo hacia arriba con movimientos sociales, políticos y culturales de apoyo, debería ser un resultado natural de nuestros esfuerzos.

Alivio del conflicto, la violencia y la represión

Hemos constatado que la I(A)P puede revelar bien los imaginarios y las representaciones que subyacen en la lógica de los actos conflictivos, violentos y represivos. Sabemos que podemos proponer salidas para prevenir o diluir tales actos, como ninguna otra metodología. Podemos descubrir sus orígenes en la pobreza extrema, la ignorancia y el hambre que producen los sistemas económicos, formas que pueden ser combatidas con medios disponibles de la revolución tecnológica. ¿Podremos impulsar metanarrativas como el socialismo pluralista que la experiencia real nos ha demostrado como posible y conveniente? ¿Cuánto más vamos a tolerar que avancemos hacia un suicidio colectivo, por no resistir las fuerzas inhumanas implícitas en sistemas occidentales de pensamiento y acción.

Construcción de un ethos etnogenético y emancipativo

Este es el reto más general y ambicioso que tenemos, y que debemos considerar seriamente para mitigar los efectos del ethos actual de incertidumbre. Tal tarea puede resultar doblemente difícil, porque requiere de una profunda preparación conceptual para llegar al paradigma científico alterno. También necesitamos de una discusión clara y visionaria, con decisiones efectivas para traducir las propuestas resultantes a la práctica local, donde más se necesitan.

No seamos modestos. La búsqueda teórico-práctica de un nuevo paradigma y de un ethos alterno satisfactorio ha venido andando por lo menos desde la década de 1970, como lo hemos recordado. Hemos procedido juntos a partir de las teorías utópicas y participativas de los siglos XVIII y XIX y estamos en el umbral de otro juego de teorías sobre la liberación postmoderna, la complejidad y el caos. Lo hemos hecho de la mano de gigantes intelectuales y políticos y con su impulso personal. Ahora, con estas bases, los filósofos de la acción, los elocuentes postmodernistas, y los teóricos críticos pueden proceder con mayor propiedad y seguridad para convertir aquellas ideas en herramientas eficaces para la liberación de los pueblos que sufren sistemas opresivos de poder.

¿Podríamos entonces ser al mismo tiempo intelectuales estudiosos y agentes del cambio con el fin de cooperar en este movimiento intelectual y político, dirigido a levantar la bandera del poder y la autonomía populares, para defender la vida en todas sus formas, y para adelantar la construcción de una ciencia útil y pertinente? ¿Podremos comprometernos como académicos y como ciudadanos en esta trascendental tarea?

Estas necesidades reconstructivas de un ethos altruista apto para acomodar formas heterogéneas de cultura, tiempo, espacio y población, llevan a hacer un esfuerzo mundial para combinar recursos intelectuales, políticos y económicos tanto del Norte como del Sur, del Este y del Oeste. Hubo un momento cuando nuestras preocupaciones sólo nos llevaron a crear relaciones parciales dentro de nuestras respectivas regiones. Ahora aquellos desarrollos paralelos han tenido una importante consecuencia: estamos convergiendo con más seguridad, y nuestras tareas como practicantes e intelectuales participativos tienen mayor claridad (30).

En últimas, el efecto del trabajo de la I(A)P lleva consigo un acento libertario y político global. La naciente fraternidad de intelectuales críticos tiende a construir sociedades pluralistas y abiertas en las que quedan proscritos los poderes centralizados opresivos, la economía de la explotación, los monopolios y la desequilibrada distribución de la riqueza, el dominio del militarismo y del armamentismo, el reino del terror y la intolerancia, el abuso del medio ambiente natural, el racismo y otras plagas. Estos problemas vitales nos unen, por cuanto insistimos en la utilización humanista de la ciencia, el conocimiento y la técnica. Nuestro trabajo colectivo puede contribuir a que las comunidades víctimas se defiendan mejor. Tal parece ser hoy nuestro compromiso global.

Las formas confluyentes en que podemos articular la investigación y la acción también determinarán la supervivencia de nuestras “escuelas” de IP y la traslación de nuestros puntos de vista a la aplicación local en ciudades y barrios, en las familias, empresas, iglesias, artes y medios comunicativos, en las universidades y escuelas.

Al llegar al nuevo milenio, es satisfactorio esperar que la I(A)P pueda aportar todas estas cosas y compartir en la búsqueda de mejores formas de organización científica, técnica y social, con el fin de mejorar las condiciones de vida y enriquecer las culturas de toda la humanidad.

Notas:

1. En este artículo colocaré la palabra “Acción” entre paréntesis para intercambiar los términos IAP e IP por considerarlos sinónimos, como más adelante lo explico.

2. La Fundación Dag Hammarskjöld de Uppsala, Suecia, publicó un informe detallado de esta extraordinaria experiencia, escrito por un grupo de científicos sociales comprometidos: G.V.S. de Silva y Ponna Wignaraja (de Sri Lanka), Niranjana Mehta (de la India) y Md. Anisur Rahman (de Bangladesh). En el informe se señaló que “activistas y cuadros [de inspiración socialista] se unieron a nosotros como colaboradores en la investigación. . . para que en

conjunto creáramos conocimiento”. Bautizaron este método como “investigación participativa”, yendo más allá de lo dialógico. Ver: De Silva, G.V.S., P. Wignaraja, N. Mehta, M.A. Rahman. “Bhoomi Sena, A Struggle for People’s Power”. En: Development Dialogue .Uppsala No. 2, 1979, p. 3-70.

3. Fals Borda, Orlando. “The Problem of Investigating Reality in Order to Transform It”. En: Dialectical Anthropology. Vol. 4, No. 1, p. 33-56. También en Simposio de Cartagena 1979 y el libro Por la praxis. Tercer Mundo: Bogotá, 1980 y sucesivas ediciones.

La Fundación Rosca incluía, además del presente autor, a los colegas Augusto Libreros, Jorge Ucrós, Víctor Bonilla, Gonzalo Castillo, Carlos Duplat y muchos otros que trabajaron en diversos frentes. Nos guió el marxismo humanista y revivimos pensadores como Gramsci, Lukacs y Mandel. Conceptos no muy populares entonces, como praxis, la dicotomía sujeto-objeto y el sentido común fueron introducidos y discutidos. Dogmas como el de la “ciencia del proletariado” fueron rechazados por falta de evidencia empírica.

Elaboraciones comparadas de la IAP se encuentran en Fals Borda, Orlando y M.A. Rahman, (eds.) Action and Knowledge: Breaking the Monopoly with PAR. Apex Press and Intermediate Technology Publications: Nueva York/Londres, 1991. Edición en español: Acción y conocimiento. CINEP: Bogotá, 1991. y en otras fuentes citadas más adelante. Sobre nuestros esfuerzos de independencia intelectual, ver: Fals Borda, Orlando. Ciencia propia y colonialismo intelectual. Nuestro Tiempo: México, 1970. Ver la más completa tercera edición de 1986.

4. El primer trabajo de Swantz no fue auspiciado por la universidad y tampoco tuvo la orientación de ninguna teoría política, no obstante infundió el impulso necesario para aportar conocimiento de apoyo a pueblos marginados de la región. Poco después ella inició otro proyecto con la tribu pastoril Massai en Jipemoyo (Tanzania), con la colaboración de Kemal Mustafa, Odhiambo Anacleti y otros colegas del Ministerio de la Cultura de Tanzania, que tuvo influencia en sucesivos trabajos y enfoques sobre “investigación-acción” y desarrollismo. Swantz, Marja Liisa). “Participatory Research as a Tool for Training, the Jipemoyo Project in Tanzania”. En: Assignment Children., No. 41, UNICEF, 1978, p. 93-109. Y Swantz, Marja Liisa. Ritual and Symbol in Transitional Zaramo Society. Helsinki,. 1986, 2a. Ed.

5. Los boletines del IDAC en tres idiomas sobre la IP tuvieron una amplia repercusión, con resultados considerables en México / Holanda (Anton de Schutter), Chile / Venezuela (Francisco Vío Grossi, Marcela Gajardo), India (Rajesh Tandon, Smitu Kothari), Nicaragua / Francia / Holanda (Guy Le Boterf, Marc Lammerink), Perú / Holanda (Vera Gianotten, Ton de Wit), etc.

6. Bonfil, Guillermo. “La antropología social en México: Ensayo sobre sus nuevas perspectivas”. En: Anales de Antropología No. 7. México, 1970. Warman, Arturo. (Et al.) De eso que llaman antropología mexicana, Nuestro Tiempo: México, 1970. Otro pionero mexicano, el antropólogo Ricardo Pozas, expuso sobre técnicas de la IP durante el 9o. Congreso Latinoamericano de Sociología en México en 1969. Esta fue una ocasión extraordinaria para considerar ideas radicales sobre cambios sociales y académicos.

7. Stavenhagen, Rodolfo “Decolonialising Applied Social Sciences”. En: Human Organization. Vol. 30, No. 4, 1971, p 333-344. Stavenhagen propuso

“observación activa” más allá de la clásica observación participante, porque los científicos no pueden “rehusarse a decidirse” y para el efecto “deben destacar problemas y crear nuevos modelos que tomen el lugar de aquellos que se descarten, y si se puede, actuar cuando sea necesario”. De los once comentaristas de este artículo, ocho se declararon de acuerdo con Stavenhagen. Su presencia en el Congreso Mundial de Cartagena en 1997 fue uno de los motivos de máximo interés en la reunión. Véase una versión completa de este artículo en Salazar, María Cristina. (ed.) Investigación Acción Participativa: Orígenes y desarrollo. Cooperativa Magisterio: Bogotá, 1992, p. 37-64. En este útil libro también se encuentran los aportes centrales de Lewin, Tax, Kemmis y Park mencionados en este artículo.

8. Agulla, Juan Carlos. “Protesta, subversión y cambio de estructuras”. En: Aportes. No. 15, París, 1970, p.47-61. Fals Borda, Orlando. “La crisis social y la orientación sociológica”. En: Aportes. No. 15, París, 1970, p. 62-76. Fals Borda, Orlando. Subversión y desarrollo en América Latina. Foyer John Knox: Ginebra, 1970. (También en inglés y en francés). Fals Borda, Orlando. Ciencia propia y colonialismo intelectual. Nuestro Tiempo: México, 1970. Ver la más completa tercera edición (1986) que refuerza la actitud de independencia intelectual que queremos. Warman, Arturo. (et al.) De eso que llaman antropología mexicana. Nuestro Tiempo: México, 1970. En estos libros y artículos se hace referencia a la “sociología de la liberación” inspirada por la Revolución Cubana y los escritos y vida práctica del sociólogo, guerrillero y sacerdote Camilo Torres Restrepo.

9. Gadamer, H.G. Truth and Method. Continuum: Nueva York, 1960, 1994.

10. Cf. Birnbaum, Norman. Toward a Critical Sociology. Oxford University Press: Nueva York, 1971.

11. Lewis, Helen M. “Myles Horton, Pioneer in Adult Education”, Ponencia 6, Congreso Mundial de Cartagena, 1997. Horton, Myules and P. Freire. We Make the Road by Walking.: Temple University Press: Philadelphia, 1990. Mientras tanto, como otros soportes: el sociólogo C. Wright Mills ya venía criticando a las ciencias sociales por su falta de imaginación; Alvin Gouldner había hecho lo mismo al no encontrarse con ninguna sociología reflexiva de basamento ético; y Barrington Moore estaba produciendo su inigualado análisis de la democracia y la injusticia. En cambio, la ciencia económica nos resultó falla, por su insistencia, sin fundamento suficiente, en aparecer como ciencia exacta, interpretación que había sido fuertemente rechazada por Gunnar Myrdal y otros economistas más humanos.

12. Más tarde, en Europa descubrimos los estudios críticos sobre “contracorrientes” en las ciencias, de Helga Nowotny y Hilary Rose; la crítica de Karl Polanyi al “observador independiente”; la historia obrera de E.P. Thompson; la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas; las teorías de la acción y de los movimientos sociales, de Alain Touraine; los conceptos de “habitus” y “objetivación participante” de Pierre Bourdieu; las desmitificantes lecciones de Foucault, Lyotard y Todorov sobre la realidad social y la retórica académica. Los grandes insumos intelectuales de estos pensadores europeos, sin ser de nuestra corriente participativa, nos dieron confianza en lo que estábamos haciendo.

13. Carr, Wilfred and S. Kemmis. *Becoming Critical: Knowledge, Education and Action Research.*: Falmer Press: Londres, 1986. Ver capítulo de Kemmis en Salazar. Ob. Cit.

14. Heller, Agnes. "From Hermeneutics in Social Science Toward a Hermeneutics of Social Science". En: *Theory and Society*. Vol. 18, No. 3, 1989, p. 304-305.

15. Según Heller, el propósito central de la ciencia social es "hacernos libres", es decir, tiene una connotación liberadora o emancipativa. Una contribución importante en este campo es la de Denzin, Norman K. y Yvonna S. Lincoln. *Handbook of Qualitative Research*. Sage: London, 1994. Parte V.

16. Este es el sentido del experimento con las dos columnas paralelas que se observa en Fals Borda, Orlando. *Historia Doble de la Costa*. Carlos Valencia: Bogotá, 4 tomos, 1979-1986, como también se explica en Fals Borda, Orlando. "A North-South Convergence on the Quest for Meaning". En: *Collaborative Inquiry*. No. 19, Bath, 1996. Algunos otros autores han hecho presentaciones similares en antropología y medicina, escritos en inglés y francés.

17. Se presentaron 32 ponencias en este Simposio, por delegados de 17 países, que se publicaron por la Fundación Fundarco Simposio de Cartagena. *Crítica y política en ciencias sociales*. Punta de Lanza: Bogotá, 1979, 2 tomos. Estos tomos son considerados clásicos. No se hizo edición inglesa (sólo de artículos particulares), pero hubo una edición parcial en alemán como libro Moser, Heinz y H. Ornauer. *Internationale Aspekte der Aktionsforschung*. Kösel Verlag: Munich, 1978. Estudios recientes y descripciones regionales de la I(A)P pueden leerse, entre otros, en Whyte Whyte, William F. (eds.) *Participatory Action Research*. Sage: Londres, 1991. Park, Peter (et al.) *Voices of Change: Participatory Research in the United States and Canada*. Oise Press: Ontario, 1993, ver su capítulo en Salazar Ob. Cit. y McTaggart, Robin, (ed.) *Participatory Action Research: International Contexts and Consequences*, State University of New York Press: Ithaca, 1997. Véase también, por ejemplo, Cabrales, Carmen y Hernández, Javier. (eds.) *Una visión participativa de la Costa Caribe colombiana* Universidad de Cartagena: Cartagena, 1997.

18. El primer Simposio de 1977 aceleró la adopción y difusión de la I(A)P en el mundo. Además de la red internacional de IP auspiciada por el ICAE, la Asociación Europea de Investigación y Adiestramiento para el Desarrollo (EADI) fue más allá del marco de las necesidades básicas una vez que adoptó las conclusiones del proyecto tanzanio de Jipemoyo, en 1978. En 1979, en el Instituto de las Naciones Unidas de Investigaciones para el Desarrollo Social (UNRISD) de Ginebra, Suiza, los antropólogos Andrew Pearse y Matthias Stiefel iniciaron una serie de estudios y publicaciones sobre la participación popular. La OIT y la UNESCO hicieron lo mismo con el economista bengalí Md. Anisur Rahman y el Programa MOST. El Comité de Investigaciones sobre Práctica y Transformación Social de la Asociación Internacional de Sociología abrió una sección sobre la IP, con la dirección de Peter Park y Michal Bodemann. Centros importantes de I(A)P se establecieron en Nueva Delhi, Colombo, Santiago, Caracas, Amsterdam y otras ciudades. La enseñanza de esta materia comenzó formalmente en las universidades de Massachusetts, Calgary, Cornell, Caracas, Dar-es- Salaam, Campinas, Managua, Pernambuco, Bath y Deakin. Hoy son innumerables las universidades que lo enseñan incluyendo algunas colombianas. La Sociedad para el Desarrollo Internacional

(SID), con la iniciativa de Ponna Wignaraja, organizó en 1980 un Grupo Internacional de Iniciativas de Base (IGGRI) que incluye a Majid Rahnema, Gustavo Esteva, Marja Liisa Swantz, Luis Lopezllera, Ward Morehouse, Rajni Kothari, Smitu Kothari, Paul Ekins, Manfred Max-Neef y el presente autor, entre otros. El Banco Mundial ha organizado su propio Grupo de Estudios de Desarrollo Participativo, con la dirección de los sociólogos Michael M. Cernea y Anders Rudqvist. El Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL), con sedes sucesivas en Santiago de Chile y México, ha jugado importante papel en el campo de la IP con la organización en 1981 de una red regional especial coordinada por el educador brasileiro Joao Francisco de Souza. Esta red incluye a casi todos los países latinoamericanos. En las instituciones relacionadas de América Central trabajan activistas intelectuales importantes como Raúl Leis, Oscar Jara, Carlos Brenes y Malena de Montis. En Colombia: Gustavo de Roux, María Cristina Salazar, Ernesto Lleras, Elías Sevilla, Marco Raúl Mejía, Raúl Paniagua, Rosita de Paniagua, Lola Cendales, Rosario Saavedra, Alejandro Sanz de Santamaría, Francisco de Roux, y muchos otros. En Australia, además de las universidades mencionadas, se encuentra la Asociación de Aprendizaje-Acción, Investigación Acción y Gestión de Procesos (ALARPM) que ha estimulado la adopción institucional de estas “escuelas”, con el liderazgo de Ortrun Zuber- Skerritt, Ron Passfield, Colin Henry, Yoland Wadsworth, Iaian Govan, y otros.

19. Además del Simposio de 1977, los otros siete congresos mundiales se han llevado a cabo en Ljubljana, Yugoslavia (1979, con auspicio del ICAE); Calgary, Canadá (1989 con auspicio universitario por primera vez); Managua, Nicaragua (1989, con auspicio del CEAAL); Brisbane, Australia (1990 y 1992, en la Universidad Tecnológica de Queensland, con ALARPM); Bath, Inglaterra (1997 en la Universidad de Bath); y otra vez en Cartagena, Colombia (1997 con diversos auspicios nacionales e internacionales). El noveno congreso se ha convocado en la Universidad de Ballarat, Australia, para septiembre del 2000.

20. Cf. Fals Borda, Orlando. *People's Participation: Challenges Ahead*. Apex Press y Intermediate Technology Publications: Nueva York/Londres, 1998. Edición española: *Participación Popular: Retos del futuro*. COLCIENCIAS, IEPRI, ICFES: Bogotá, 1998.

21. En relación con las fallas de las políticas de desarrollo y la cooptación de la I(A)P por organismos mundiales y nacionales, ONGs e instituciones académicas, véase la volu minosa literatura crítica, con obras como las de Arturo Escobar, Wolfgang Sachs y Majid Rahnema. Greenwood, Davydd y M. Levin “Action Research, Science and the Co -Optation of Social Research”. En: *Studies in Cultures, Organizations and Societies*. Vol. 4, No. 2, 1998, p. 237-261, han denunciado la función defensiva de intereses creados académicos ortodoxos. Un interesante caso concreto de frustración del desarrollo, referido al Perú, es el de Apfel-Marglin, Frédérique, con PRATEC. *The Spirit of Regeneration: Andean culture confronting Western notions of development*. Zed Books: Londres/Nueva York, 1998.

22. Véase la nota 9; cf. Girardi, Giulio (1997). “Investigación participativa popular y teología de la liberación”, Ponencia 32, Congreso Mundial de Cartagena. 1997. Sobre la teoría de la investigación emancipativa véase Carr y Kemmis, Ob. Cit. (1986). Sobre ética y política, consúltese el informe sobre las

discusiones del Congreso Mundial de 1997, en Hoyos, Guillermo y Uribe, A. (eds.) *Convergencia entre ética y política*. Siglo del Hombre: Bogotá, 1998.

23. Wallerstein, Immanuel "The End of What Modernity?". En: *Theory and Society*, vol. 24, No. 4, 1995, p 471-474.

24. Consúltase el tomo -resumen del Congreso Mundial de Cartagena (Fals Borda, Orlando. Ob. Cit., 1998, p. 189-191, p. 235-236). Véanse los puntos de vista de apoyo de Gadamer, H.G. *Truth and Method*. Continuum: New York, 1960 p. 302- 307, p. 567 sobre "experiencia vital" y "fusión de horizontes". Para Gadamer, la reflexión hermenéutica apropiada es "una tarea crítica y emancipatoria".

25. Entre las "escuelas" que se hicieron presentes en el Congreso Mundial de Cartagena en 1997, las siguientes once realizaron un intercambio electrónico por E-mail, lo que fue sumamente valioso: Diagnóstico Rural Participativo, Sussex (Robert Chambers). Teoría Crítica de Sistemas, Hull (Robert L. Flood). Investigación Acción, Cornell (Davydd Greenwood). Investigación Acción, Escandinavia (Morten Levin). Investigación Constructivista, Texas (Yvonna S. Lincoln). Aprendizaje Acción, Australia (Robin McTaggart). Investigación Cooperativa, Bath (Peter Reason). Investigación Acción Participativa, Alemania / Perú (T. Tillmann y Maruja Salas). Investigación Acción, Austria (Michael Schratz). Investigación Acción Participativa, India (Rajesh Tandon). Investigación Acción Participativa, Calgary (Timothy Pynch, coordinador). Véanse los informes completos de esta experiencia en Pynch (1998a, 1998b).

26. Checkland, P.B. *Systems Thinking, Systems Practice*. Wiley: Chichester, 1991. Churchman, C. West. *The System Approach and its Enemies*. Basic Books: Nueva York, 1979. Flood, Robert L.. "Action Research and the Management and Systems Sciences". En: Fals Borda, Orlando. Ob. Cit., 1998, p. 131-156. Flood, Robert L. y Jackson, M.C. (eds.) *Critical Systems Thinking*. Wiley: Chichester, 1996.

27. Toulmin, Melvin y Gustavsen, B. (eds.) *Beyond Theory: Changing Organizations Through Participation*, John Benjamins: Amsterdam, 1996. Según estos autores, la unidad de atención de los sistemas abiertos de la I(A)P es un sistema constituyente observable que ofrece una estructura ABX en la que aparecen un sujeto epistémico A y un objeto empírico B dentro de una situación social investigativa X. En las conciencias de quienes participan en este sistema, la misma estructura pasa a ser ABX:pox (la persona, el otro y X). Esta situación se asemeja a aquella postulada en la física cuántica con los principios antrópico y de indeterminación. De allí el potencial que tiene de enriquecer nuestras discusiones sobre el nuevo paradigma de las ciencias, visto desde otro ángulo. Este libro estimulante también ofrece un estudio macro de IP sobre Turquía. Cf. Van Beinum, Hans. "On The Practice of Action Research". En: *Concepts and Transformation*. (Vol. 3, No. 1, 1998 Amsterdam p 1-30.

28. En el Congreso Mundial de 1997, además de las "escuelas" mencionadas en la nota 18, hubo muchos otros grupos: de educación, organización social y política, artes y literatura, la economía, la pobreza, el conflicto, teorías de sistemas, comunicación, postmodernismo, globalización, filosofía, gestión de procesos, administración de empresas, ambientalismo y recursos naturales. Las personas interesadas pueden obtener los materiales, ponencias y videos

escribiendo al Apartado 52508, Bogotá, o a: iepri@bacata.usc.unal.edu.co
29. Cf. McTaggart, Robin. "Is Validity Really an Issue for Participatory Action Research?". En: Studies in Cultures, Organizations and Societies, Vol. 4, No. 2, 1998, p. 211-236.

30. Cf. Chambers, Robert. "Beyond 'Whose Reality Counts?' New Methods we Now Need", Studies in Cultures, Organizations and Societies. Vol. 4, No. 2, 1998, p. 279-287.

Publicado en Análisis Político No. 38, septiembre/diciembre de 1999, pp. 71-88.

Reflexiones sobre la aplicación del método de estudio-acción en Colombia

Orlando Fals Borda

La vinculación entre la teoría sociológica y la práctica social y política ha venido recibiendo una mayor atención tanto por científicos como por políticos. Este antiguo problema, tan estudiado por los clásicos de las disciplinas sociales, vuelve hoy a la palestra por razones obvias.

En Colombia, varios grupos lo han venido planteando y, en algunos casos se han puesto a prueba principios generales pertinentes.

Entre estos grupos se encuentra la Rosca¹ de Investigación y Acción Social, una fundación sin ánimo de lucro creada el 29 de diciembre de 1970 según las leyes colombianas.

La Rosca es una iniciativa de sociólogos, antropólogos, economistas o historiadores colombianos que han querido buscar salidas nuevas y más eficaces a las ciencias sociales, que desean tener esa rara oportunidad de poner en práctica las ideas que se exponen en las aulas o en los libros, o involucrarse en la realidad de los procesos sociales de base. Oficialmente, según sus estatutos, la Rosca pretende "realizar trabajos y buscar nuevos métodos de investigación y acción social, destinados a aumentar la eficacia de la lucha por la justicia y la autonomía, en Colombia; estimular la adopción de una perspectiva propia, para el estudio de la realidad nacional y para la actividad social, política y económica; y promover la dinamización de la cultura popular necesaria para este esfuerzo simultáneo de construcción científica y cambio social".

Siguiendo las instrucciones para este Simposio, la presente descripción trata solamente los antecedentes conceptuales que llevaron a la constitución de la Rosca, los métodos principales de investigación y acción que se han aplicado hasta hoy, y las implicancias científicas y teóricas que esta labor tiene. Sobre

¹ La palabra "rosca" es un colombianismo que tiene diversos sentidos en los países latinoamericanos, de allí que sea necesario el explicar lo que aquí se quiere dar. Originalmente, "rosca" se derivó de "rosquilla", término usado en la Edad Media según Cejador y Frauca, para indicar un tipo de plan en forma circular. Es un término que no viene del latín ni del griego, sino más bien del catalán, quedando incorporado tardíamente al Diccionario de la Academia de la Lengua probablemente durante el siglo XIX.

En Colombia aparece, en el sentido de "enroscarse" circularmente como lo señaló Rufino José Cuervo en sus Apuntaciones, pero sin indicar nada derogatorio como ahora se estila (camarilla, trinca, trenza, etc). Lo más cercano a su sentido original, en el habla popular se encuentra en la palabra "corrosca" (un sombrero de paja) que registra el mismo Cuervo como puro bogotano. Se quiere ahora rescatar el sentido original de esta palabra volviendo a su clásica acepción como CIRCULO, en nuestro caso, un círculo de personas colocadas en pie de igualdad que se identifican con un mismo ideal de servicio y trabajo con el pueblo.

decir que la crítica a esta labor - como la autocrítica - es necesaria, y que la Rosca la espera con espíritu positivo y con agradecimiento.

ANTECEDENTES CONCEPTUALES: EN BUSCA DE UN MÉTODO

Uno de los hechos iniciales de la constitución de la Rosca, fue su origen intelectual, de pequeño burgués, pero con la característica de haber adquirido una mayor conciencia de la necesidad de transformar básicamente la sociedad en vista de la coyuntura política existente. Para ello, fue necesario que adoptáramos una mente abierta a lo que habíamos de aprobar de las nuevas experiencias en que nos embarcaríamos, y pautas modestas, pero efectivas en el quehacer científico.

Esta actitud básica de búsqueda y descubrimiento al mismo tiempo, era lo que en su día, y desde antes, se denominaba "compromiso". Este concepto – que se debatió bastante en innumerables círculos literarios y científicos² – nos sirvió: como ariete para romper los moldes científicos o intelectuales en que nos sentíamos constreñidos. El compromiso, también en esa época, llevaba a replantearnos el problema del método investigativo y la orientación del conocimiento científico.

Estos ya no serían objeto de simple curiosidad erudita, ni serían más trompetas apocalípticas para despertar a las clases dirigentes e inducir las a ser más responsables ante la crisis que ellas mismas provocaban, sino que se pondrían al servicio de una causa política popular concebida en colaboración con las mismas masas, como un esfuerzo de contención a la dominación imperialista y a la explotación oligárquica tradicional a quienes podía imputarse buena parte de esa crisis.

En eso momento de reorientación intelectual y política, las técnicas de investigación conocidas más cercanas a lo que queríamos realizar eran las que en antropología y sociología se conocen como “observación por participación” y “observación por experimentación” (Participación-intervención) que implican ciertamente el involucramiento personal del investigador en las situaciones reales, y la interferencia de éste en los procesos sociales locales. Pero de pronto se vio que estas técnicas quedaban cortas ante las exigencias de vincular el pensamiento a la acción fundamental necesaria.

Luego, hacia 1969 apareció el concepto de “inserción” que hizo avanzar el nivel de involucramiento del científico social (y natural) dentro del nuevo compromiso revolucionario que se vislumbraba³.

Sirvió entonces como un reto para implementar el compromiso o impulsar los intelectuales a la línea de acción, ya con un marco metodológico un poco más

² Véase un recuento en O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México: Nuestro Tiempo, 2a. ed.1971. La polémica se ha extendido en la sociología a casi todas las ciencias sociales, especialmente la antropología y la politología. Se desarrolló hoy en muchos países occidentales, y con particular intensidad en los Estados Unidos, Alemania y Francia.

³ *Ibid.* pp. 53-60.

claro. Constituyó así lo que a veces se define como un "broakthrough", o impulso definitorio que abre nuevas perspectivas.

En el caso de la Rosca, seguramente, la inserción sirvió para definir a más de uno a decidirse por su conformación y para ayudar en la búsqueda de la especificidad de su labor. Como modalidad de trabajo teórico-práctico no era ninguna novedad, ya que se venía recomendando y aplicando por diversos marxistas, notablemente por Lenin, Kao Y Giap -en sus propios términos- al referirse al "observador-militante"⁴. El observador-militante traduce a la realidad el compromiso y aplica la inserción, de allí que su concepción sea básica en este contexto.

Inicialmente, la inserción se concibió como un paso que implicaba no sólo combinar las dos técnicas clásicas de observación ya mencionadas, "sino ir más allá para ganar una visión interior completa de las situaciones y procesos estudiados, y con miras a la acción presente y futura. Esto implica que el científico **se involucre como agente dentro del proceso que estudia**, porque ha tomado una posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no sólo de la observación que hace sino del trabajo mismo que ejecuta con las personas con quienes se identifica⁵

En otras palabras, la inserción se concibe como una técnica de observación y análisis de procesos y factores que incluye, dentro de su diseño, la militancia dirigida a alcanzar determinadas metas sociales, políticas y económicas. Se aplica por observadores militantes con miras a llevar a cabo, con mayor eficacia y entendimiento, cambios necesarios en la sociedad. Al mismo tiempo la inserción incorpora a los grupos de base como "sujetos" activos - que no "objetos" explotables - de la investigación, que aportan información e interpretación en pie de igualdad con los investigadores de fuera. Así, el compromiso viene a ser total y franco entre éstos grupos.

Como puede observarse, esta concepción de la inserción lleva consigo dos determinantes; 1º la de constituir una experiencia esencialmente intelectual – de análisis, síntesis y sistematización- realizada por personas involucradas en los procesos como cuadros comprometidos a varios niveles de preparación y estudio (observadores-militantes) y 2º la de ceñirse a diversos modos de aplicación local según alternativas históricamente determinadas. En esencia, éstas técnicas vienen a constituir un método especial, el método de estudio-acción, cuyo objeto es aumentar la eficacia de la transformación política y brindar fundamentos para enriquecer las ciencias sociales que coadyuven al proceso.

⁴ En Mao esta técnica -que contribuye a la teoría del conocimiento- se expresa en su principio "de las masas a las masas"; véase sus Obras escogidas, Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968, T III, Pág. 119. De Lenin puede consultarse diversas obras, especialmente Qué hacer?. Otro autor notable, antiguo profesor de historia, es Nguyen Giap, de quien puede leerse sus investigaciones campesinas en Vietnam y otros ensayos.

⁵ Fals Borda, op.cit., Pág. 58.

Ha habido alguna convergencia en la aplicación de estos principios en varios países (según información parcialmente recogida), pero todavía queda mucho trecho por andar para lograr la sistematización del concepto de inserción y el perfeccionamiento del método de estudio-acción. No obstante, todos los que los han ensayado concuerdan en la importancia teórico-práctica de los mismos.

En los casos colombianos, la aplicación en el terreno del método de estudio-acción, con las técnicas de inserción, permite distinguir dos dimensiones, como se explica a continuación.

LA PRIMERA DIMENSIÓN DEL MÉTODO

Como quedó dicho, fueron los profesionales (especialmente los científicos sociales, aunque se observaron casos entre los de las ciencias exactas y naturales) quienes se plantearon primero la necesidad de la inserción al proceso histórico en varios niveles, especialmente el local o comunal, como forma de romper moldes de explicación y acción inadecuados. Este fue uno de los puntos de partida de la Rosca. Para el efecto, algunos abandonamos los recintos universitarios o pusimos en cuarentena los marcos de referencia de la ciencia ortodoxa y parcelada transmitida por la universidad tradicional (la inspirada por Scheler y traída luego a nosotros, la especializada y departamentalizada en intereses creados académicos). Salimos al terreno entonces a constatar teorías con hechos, a descartarlas si era el caso, a ensayar la interdisciplina, a reformular conceptos y a trabajar con las bases.

Nuestro objetivo ha sido colocar nuestro pensamiento o nuestro arte al servicio de una causa. Esta causa es, por definición, una transformación fundamental, que es la que exige de toda persona la acción válida y el compromiso consecuente. Este compromiso nos lleva, como profesionales: 1° a producir ciencia y cultura como natural emanación de nuestra conciencia social, con una moral nueva, sin pensar en contraprestaciones y ventajas egoístas; 2° a elegir temas y enfoques adecuados a nuestra conciencia de los problemas y a concederles prioridad; 3° a determinar “grupos claves con los cuales comprometernos y de los cuales aprender; y 4° a actuar con consecuencia. La determinación de grupos claves –aquellos de la base como se explica enseguida- nos ha llevado igualmente a cambiar nuestro “norte” intelectual para desplazar a los grupos de referencia profesional que habíamos aceptado en los medios universitarios del país, y de los centros académicos euronorteamericanos.

Ya no se cita a estos –así sean de derecha o de izquierda- como autoridades finales o inapelables. Ahora los grupos claves de base son nuestros grupos de referencia, lo cual ha implicado: a) que los trabajos se concibieran directamente con ellos y sus órganos de acción; b) que la producción intelectual y técnica son primeramente para ellos y en sus propios términos, es decir, escrita con los grupos de base (en el caso del científico, éste se deja “expropiar” sus conocimientos técnicos y herramientas por los grupos de base para dinamizar el proceso histórico); c) que se establezca un nuevo “idioma” mucho más claro y honesto que el acostumbrado en la ciencia sofisticada de salón de clase; y d) que los conceptos e hipótesis emergentes encuentren su confirmación o

rechazo, no en los esquemas teóricos de “grandes pensadores” de la ciencia universal” (que en este sentido no puede existir porque la que así se considera, no es sino parte del aparato de dominación impuesto por países avanzados sobre nosotros, sino en el contacto con la realidad y en la confrontación con los grupos de base, al revertir hacia estos grupos el conocimiento que ellos mismos han suministrado.

Los grupos claves mayormente estratégicos para la transformación revolucionaria en Colombia (como los de vanguardia) se encuentran entre las clases explotadas, urbanas y rurales, es decir, en las capas conformadas por aquellos que trabajan en el proceso de producción. Cuales concretamente, depende de las circunstancias regionales o históricas, lo cual implica una búsqueda flexible e intensa. Hemos observado como la labor ha llegado más lejos y ha sido más útil cuando se ha realizado por sectores populares. Así, se está estudiando y trabajando entre grupos campesinos organizados, entre obreros, entre indígenas y negros, con elementos marginados de tugurios, y con otros grupos del proletariado y hasta el lumpen proletariado, en la ciudad y en el campo.

Esto no quiere decir que hayamos entrado como intelectuales a las clases trabajadoras para desempeñar las tareas específicas de éstas, sino que hemos tratado de adoptar la ideología de la clase proletaria dentro del conjunto de relaciones sociales, rompiendo nuestra identificación con las clases opresoras de diferentes maneras o en distintas modalidades.

En consecuencia, ahora las decisiones sobre investigación y acción no pueden tomarse unilateralmente por nosotros, ni de arriba hacia abajo, ni desde nuestros bufetes, sino conjuntamente con los grupos claves actuales o en potencia que son nuestros nuevos grupos de referencia.

Esta participación de las organizaciones de base plantea a la Rosca - y a los intelectuales en general- problemas teóricos y prácticos que llevan a una concepción diferente de la ciencia y la investigación, como se discute más adelante.

Técnicas de inserción por profesionales:

Como queda dicho, a las clases trabajadoras o explotadas ha sido con el ánimo de aprehender la realidad en su propia función y en razón de necesidades y urgencias históricas. Este es el compromiso consecuente que lleva a la acción válida y al estudio pertinente y necesario. No obstante, ha habido modos en la aplicación de la inserción llevados a cabo por la Rosca y grupos distintos a ésta, motivados por ideologías políticas a veces divergentes, y por alternativas especiales. Examinémoslas.

I. Cuando no se tiene el compromiso consecuente con las urgencias revolucionarias y se aplican técnicas semejantes a las descritas, resulta una inserción desenfocada que lleva: 1° a la deformación profesional por la manera como se emplea, remunera y manipula a los investigadores o cuadros dentro de los programas de trabajo; y el 2° al conservatismo, reformismo o

desarrollismo, por la búsqueda consciente e inconsciente de fórmulas de continuidad del statu quo o de preventivos para la contra insurgencia. El conocimiento así adquirido no lleva sino a la evolución ordenada, el paliativo adecuado, la modificación parcial o el parche temporal, prácticas que, como ya se sabe, no corrigen las injusticias reinantes, ni ponen en entredicho sus causas, ni enriquecen la ciencia social comprometida con cambios fundamentales.

Esta técnica, que en Colombia se ha aplicado en regiones rurales, es parecida a la que los antropólogos clásicos han llamado intervención (participación-intervención) y, en efecto, puede ser lo más cercano a la inserción que ofrecería la antropología tradicional. La técnica de la intervención puede ser, así, consecuencia de desenfoces en el compromiso científico coyuntural de los intelectuales que la practican, lo cual crea, a su vez, confusiones al nivel popular.

2. Otra técnica de inserción es la llamada activación, cuya aplicación, hasta el momento, ha tenido afectos dudosos en la articulación real de las masas al proceso revolucionario, aunque ésta haya sido la intención. La activación se basa en la hipótesis de que cuanto más estratégico sea el cambio propuesto en una sociedad, mayor será el conflicto que genere.

De allí que el activista investigue contradicciones específicas en una comunidad y se inserte en ella, esperando generar conflictos. Procede entonces por etapas, desde un nivel inferior hasta otro teóricamente superior, adoptando un papel de mecánico de las fuerzas sociales que cree estar entendiendo.

Hasta ahora lo ocurrido indica (como en casos promovidos por una organización política en Colombia) que el activista logra fomentar, en verdad, algunos de los conflictos teóricamente postulados; pero no los consigue proyectar a la estructura de clases existentes debido a las limitaciones del marco de referencia que ha empleado (muy confuso a veces), ni logra que las gentes alcancen el nivel adecuado de conciencia política para asegurar la continuidad autónoma del proceso que ha iniciado. Muchas veces el cuadro se hace expulsar de la comunidad sin que esta se hubiera organizado realmente para la lucha, dejando una imagen y una información defectuosas sobre lo que es este proceso. Por eso, este tipo de inserción, en las circunstancias descritas, no ha sido aconsejable.

3. Cuando se estudia y trabaja en regiones y comunidades con ánimo de determinar puntos reales de partida, para reivindicaciones que puedan llevar a sucesivos esfuerzos en la lucha por la justicia, hasta llegar al conflicto de clase (luchas cívicas, salariales, por la tierra, obras públicas, escuelas, puestos de salud, etc.) se realiza una incentivación o agitación táctica. En este caso se determinan por la investigación incentivos parciales que utilizan diversos elementos de la localidad, así humanos, como materiales e históricos. Los incentivos provienen del tipo de: problemas que las comunidades experimentan, así sean ellos institucionales o grupales. La Rosca ha realizado este tipo de inserción con observadores-militantes. En otras entidades éstos se

identifican como "investigadores agitadores" cuya función es esencialmente la misma.

Una modalidad de esta técnica es la que puede denominarse recuperación crítica. Se hace recuperación crítica cuando, a partir de una información histórica y de un reconocimiento de corte seccional adecuado, los observadores-militantes llegan a las comunidades para estudiar y aprender críticamente de la base cultural tradicional, prestando atención preferente a aquellos elementos o instituciones que han sido útiles para enfrentarse, en el pasado, a los enemigos de las clases explotadas. Una vez determinados esos elementos, se procede a reactivarlos para utilizarlos de manera similar en las luchas de clases actuales.

Así se recuperan para el esfuerzo revolucionario, y se ponen a tono con organismos de lucha más abiertos y decididos, a los que habría que apoyar en un momento dado dentro de la estrategia general antiimperialista y antioligárquica.

Ejemplos de prácticas tradicionales o instituciones recuperables de esta clase - en la experiencia de la Rosca- son: el resguardo de indígenas, el cabildo, el cambio de brazos, la "guachinga", la "tiradera" y la "mina" (expresiones culturales y económicas del campo colombiano). En esta técnica, el papel de los cuadros de base ha sido fundamentalmente por la forma como estos han respondido y aportado conocimiento dentro del proceso de estudio-acción. Las comunidades incentivadas en esta forma de recuperación crítica, han logrado dar un salto adelante considerable en el nivel de conciencia política. Esto no constituye un retorno simplista a lo primitivo o bucólico, ni absuelve a la tradición como lastre cultural. Es simplemente una utilización dinámica y realista de los recursos que ofrece la memoria colectiva, que obliga, además, a los observadores-militantes (o investigadores agitadores según el caso) a comenzar su trabajo al nivel real de conciencia política de las gentes y no al nivel que aquellos tienen (esta actitud dogmática de superioridad en los cuadros, por regla general, ha conducido a lamentables fracasos en el terreno).

Con las técnicas de incentivación, la Rosca ha ido a las comunidades a aprender de sus realidades, contribuyendo de su parte con diversos proyectos de colaboración local. En estos proyectos se ha observado cómo se descubre la amplia gama de recursos con que cuentan los grupos de base -expresados, por ejemplo, en su historia, en su folklore, en su liderazgo, en su "malicia" y experiencia -lo que les lleva a aglutinarse alrededor de intereses, acelerando situaciones críticas necesarias que llevan a una mayor conciencia de clase. Pero también nosotros hemos aprendido del proceso, al respetar el conocimiento y la opinión de las gentes del común⁶.

Estas técnicas de estudio-acción, evidentemente, van más allá de las clásicas formas de observación por participación, el "survey", el camuflaje, la entrevista diplomática o equilibrada, y la empatía sin compromiso ulterior que se fundan en una ideología consensual.

⁶ Ernesto "Che" Guevara. El socialismo y el hombre en Cuba. La Habana, 1965.

Descartan el trabajo de campo como de interés para el administrador, para el manipulador externo de acción comunal o para el científico simplemente curioso o erudito, para plantearlo como una labor investigativa necesaria para el organizador o agitador táctico y para el “pez en el agua”⁷.

En resumen, puede verse que en esta forma se logra pasar de una “metodología del consenso” a una metodología de la contradicción, a tono con los postulados de la teoría del conflicto con que se trata de explicar la actual problemática colombiana (véase más adelante). Por eso los observadores militantes comienzan con un compromiso serio y respetuoso con las gentes que estudian y con el proceso social en que van inmersos; dirigen su atención a las contradicciones del sistema para entenderlas y manejarlas en cooperación estrecha con los grupos claves de base; ensayan a hurgar el sistema y agitar tácticamente para determinar sus áreas reales de tensión, provocar las instituciones, destruir mitos y tomar parte, junto con los grupos de base, en los choques inevitables; y devuelven a estos grupos, con mayor claridad, y sistematizadas, las ideas que recibieron de ellos con confusión.

SEGUNDA DIMENSIÓN DEL MÉTODO

Las técnicas de incentivación y recuperación crítica, como se han practicado por la Rosca añaden una dimensión importante a la metodología de estudio-acción.

Hasta ahora se ha visto la inserción como una expresión concreta del compromiso de profesionales intelectuales que hemos querido - y quizá logrado- involucrarnos en tareas fundamentales a nivel de base de un contexto dado o en una región. En estos momentos confrontamos una de las consecuencias inmediatas de esa inserción, cual es la del descubrimiento y formación de cuadros locales que se han incorporado al proceso de estudio-acción, enriqueciéndolo y dándole virajes realistas y eficaces.

Sería absurdo negar las posibilidades de personas de variado origen y preparación intelectual para contribuir al proceso revolucionario mediante la reflexión, el análisis, la síntesis y la sistematización de las ideas. En efecto, en los grupos claves de base existen personas que, si no han aportado ya esa visión de las cosas, están listas a hacerlo al menor estímulo. Se ha establecido así un tipo de relación entre los llamados “profesionales” o “intelectuales” – que adoptan en ese momento el papel de observadores-militantes en el contexto político-científico - y los cuadros de base que ingresan al proceso de estudio-acción.

Esta relación implica obligaciones para ambos. Los primeros -los “profesionales”- valoran, utilizan y cuidan bien a los cuadros. Estos según el nivel de preparación, aportan su experiencia para la comprensión de los fenómenos al convertirse en buenos observadores y críticos de su propia acción; afinan la técnica revolucionaria; y además, colaboran para que la

⁷ Cf. Rodolfo Stavenhagen, “Decolonializing Applied Sciences”, Human Organization, Winter, 1971).

inserción sea todavía más eficaz en los fines que contempla.

Si todo sigue como va, el resultado *de* este esfuerzo sería una feliz síntesis *de* la teoría y la práctica, donde la inserción ya no se vería dicotomizada como hasta ahora, como ejercida por elementos externos a los grupos *de* base, sino hecha dentro *de* un mismo proceso histórico que cobijaría a todos por igual, sin distinción entre intelectuales y trabajadores. Es decir, la inserción, como se ha visto atrás, en esta dimensión desaparecería como tal, y sólo quedarían trabajando, hombro a hombro, cuadros políticos-científicos de diferente nivel. Es a partir de este momento cuando se debe plantear, otra vez el problema *de* la ciencia y la teoría. Por que las etapas *de* estudio-acción que siguen pueden ser aún más complejas y difíciles tanto al nivel de la práctica como en el de la comprensión. Veamos ahora estos aspectos.

IMPLICACIONES CIENTÍFICAS y TEÓRICAS

El método de estudio-acción tiene el mérito *de* plantear y buscar el equilibrio entre la reflexión constante y la práctica diaria. Por eso los cuadros se definen como observadores-militantes, es decir, como personas adiestradas tanto en técnica de observación científica como de militancia social y política. El trabajo quedaría corto si estas personas se limitaran a un empirismo a ultranza o a un aventurismo fanático en el que primaría el ensayo y el error; y si en el plano de la reflexión hicieran abstracción de los conceptos centrales que guían el trabajo en terreno y los marcos teóricos previos y emergentes.

En el caso del empirismo ciego hay otro peligro: el de engañarse a sí mismo pensando que se es absolutamente original. En este campo no hay tabla rasa, ya que el cuadro llega al terreno con ideas básicas, motivaciones y ciertas técnicas previas. El no reconocer esta continuidad es un despilfarro de los recursos que se tienen a la mano para hacer los procesos históricos mucho menos erráticos de lo que ya son. Por eso la inserción, en sus diversas modalidades no implica el olvido de técnicas de investigación que son probadamente útiles, como la encuesta de corte seccional, el de análisis histórico, la investigación *de* archivo, la medición estadística *de* lo mensurable, todas colocadas dentro de marcos conceptuales amplios y ágiles.

Hay que partir entonces modestamente del hecho *de* que no se ha trabajado ni se trabaja en un vacío conceptual sino que, por el contrario, existen derroteros técnicos y teóricos previos que se han venido utilizando consciente o inconscientemente. Este es un proceso de estudio-acción que, viéndolo bien, también corre por la vertiente de la tradición. En efecto no debe olvidarse que la ideología capitalista y la construcción *de* los imperios modernos han sido posible *en* gran medida por un desarrollo científico y tecnológico *adecuado a los fines que han perseguido*.

En contraste con esa corriente científica imperialista, el trabajo de la Rosca busca poner el conocimiento que adquiere al servicio de los grupos explotados y oprimidos dentro de una causa de transformación fundamental. En consecuencia, continúa *la* tendencia - estimulada ya desde la década de 1960 por varios científicos sociales colombianos - de relegar a segundo plano

escuelas sociológicas que en la práctica sólo han servido para afianzar el poder de las clases opresoras. Así, hemos seguido descartando los modelos de explicación científica de la sociedad que provienen de la tradición positivista o comtiana, por reflejar ésta los intereses de una aristocracia (la postnapoleónica en Europa) que se identificó con la emergencia del capitalismo, y cuyas tendencias particulares persisten hasta hoy. También por inadecuados, hemos confirmado nuestro anterior rechazo a los marcos del estructuralismo funcional que describe la sociedad como el producto de un “equilibrio” basado en un ordenamiento interno y en el principio de la integración social. No encontramos satisfactoria tampoco la escuela formalista, por hallarla reducida a mediciones exteriores y mecánicas de los fenómenos sociales o a explicaciones limitadas de la cultura manifiesta. En cambio, la Rosca ha encontrado mayor inspiración y una más clara orientación para su trabajo en el ejemplo y en las obras de diversos rebeldes nacionales y extranjeros que fueron articulando explicaciones de las situaciones críticas en que se vieron envueltos y que buscaron enraizarse en el pueblo y en las realidades terrígenas. En Colombia se conoce poco al respecto, por la forma como se ha escrito y enseñado la historia –que solo refleja los intereses de clases dominantes inclinadas a adoptar lo extranjero-. Pero los materiales pertinentes existen, y ha sido uno de los fines de la Rosca descubrirlos, recuperarlos y divulgarlos⁸. Además, permanece vivo el recuerdo de rebeldes recientes, como Camilo Torres Restrepo, y de teóricos como Rafael Uribe y Luis E. Nieto Arteta, cuyas obras siguen siendo referencia obligada, aparte de haber servido como pioneros del pensamiento socialista en Colombia.

Esta olvidada corriente intelectual que se nutre de la confrontación popular con el statu quo, que busca la raíz de las contradicciones en cada época, que destaca los antagonismos y los intereses de las clases sociales en pugna abierta o soterrada, converge hacia la escuela sociológica del conflicto social. Dentro de esta escuela evidentemente, son pertinentes las obras de Marx –su principal figura- y de los seguidores de éste, mucho más que los de aquellos que siguieron la vertiente emparentada de Bagehot y Gumplowicz.

La Rosca trata así de construir sobre fundamentos intelectuales antiguos, que desembocan naturalmente en la conocida ciencia de la revolución: el marxismo-leninismo⁹, la teoría del conflicto social concretiza, conceptos e hipótesis desarrollados por observadores de sociedad; dentro y fuera del país.

⁸ Se realizó el proyecto de publicar las memorias del extraordinario luchador indígena del siglo XX, Quintín Lame, “En defensa de mi raza”, ed. por Gonzalo Castillo, Bogotá, Ediciones La Rosca, 1971, y están en proceso las contribuciones de María Cano e Ignacio Torres Giraldo, precursores del socialismo nacional. Se impone la búsqueda de la literatura sobre la lucha popular desde fines del siglo XVIII; los comuneros *con Galán a la cabeza*; los artesanos durante la Revolución de 1852; los campesinos anti-latifundistas del Sur de Antioquia; los líderes obreros de la Costa Atlántica a partir de 1917; la rica tradición guerrillera del país, etc.

⁹ Los fundamentos de la escuela del conflicto, como se sabe, parten de Horáclito y Polibio, van al mundo árabe con Ibn Khaldun, vuelven al occidente con Hobbes, Hegel y Marx, y pasan últimamente al oriente con Nao y Giap, entre otros. La Lectura de estos autores es útil para ilustrar marcos generales del conflicto de clases en Colombia, no para explicarlo. Entre otros autores que se han hallado útiles se cuentan Simmel, Coser (por estudiar funciones positivas del conflicto social) y Schaul (filósofo que postula la necesidad de la subversión permanente).

Esto en sí no es en manera alguna novedoso aunque equivalga a una toma de posición o a una clarificación teórica necesaria. Pero la Rosca no se casa con esa teoría dogmáticamente, sino que trata de redefinir conceptos a la luz de la evidencia que recogen los cuadros u observadores-militantes. Por lo tanto, no se hace aquí ningún calco del marxismo-leninismo empleado en otras latitudes y países, ni se incurre en el colonialismo intelectual de izquierda que ha castrado a tantos grupos revolucionarios y universitarios, porque el método de estudio-acción surge de las realidades colombianas y exige una respuesta auténtica a ellas en términos de actos y evidencias, y no sólo de palabras o debates meramente ideológicos.

Así, este método lleva a replantear la sociología marxista del conflicto en términos de una sociología de la situación real colombiana, lo cual vino a ser una manera propia de ver y entender en su conjunto nuestros actuales conflictos y la naturaleza de nuestra sociedad dependiente y explotada.

La contribución específica de esta escuela de pensamiento social – a nivel universal y en la teoría del conocimiento - parece estar en la reformulación de la problemática del conflicto según dos grandes polos conceptuales que se complementan. (1) la dependencia, que incluye el estudio de los factores de explotación económica y cultural externos al área de su expresión imperialista y neo-colonial; y (2) la subversión, entendida positivamente como el análisis de factores "internos" políticos y sociales que llevan a la organización rebelde antiimperialista y anti-oligárquica¹⁰.

Entre los autores colombianos más pertinentes del siglo XIX, se cuentan Manuel Ancízar y Eugenio Díaz, sobre el problema rural, Emiro Kastos, quien planteó en 1851 la amenaza imperialista norteamericana, Miguel Samper por su estudio de la miseria humana; Aníbal Galindo, Medardo Rivas y Diego Mendoza Pérez, en diversos de sus escritos. En este siglo: Alejandro López I.C., Eugenio J. Gómez, Guillermo Hernández Rodríguez, Indalecio Liévano Aguirre, (estos dos últimos en sus primeras épocas). Entre otros marxistas colombianos cuyas obras se están utilizando se mencionan: Mario Arrubla, Francisco Posada, Rafael Baquero, Diego Montaña Cuéllar, Antonio García y Estanislao Zuleta. Además pueden mencionarse los estudios publicados por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en la década de 1960 sobre la violencia, el conflicto y otros problemas sociales colombianos (obras de Camilo Torres, Juan Friede, Germán Guzmán y otros) que rompieron el marco funcionalista entonces en boga (el que se ha identificado, erróneamente, como "norteamericano"). Nuevas obras están apareciendo dentro de esta escuela crítica, como las historias de Germán Colmenares (Partidos políticos y clases sociales) Bogotá, Universidad de los Andes, 1968. Las sociológicas de Alvaro Camacho Guizado (Capital extranjero, subdesarrollo colombiano, Bogotá, punta de Lanza, 1977), las económicas de Alvaro Tirado Mejía (Introducción a la historia económica de Colombia), Bogotá, Universidad Nacional, 1971, y las antropológicas de Víctor Daniel Bonilla (Siervos de Dios y amos de indios), Bogotá, Tercer Mundo, 1968.

¹⁰ Vienen a la mente las obras de Ernesto Che Guevara, Régis Debray, Hugo Blanco, Marighela y otros, en un sentido; y de Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Rodolfo Stavenhagen, Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos, André Gunder Frank, Enzo Faletto, Francisco Weffort, Octavio Ianni, Florestan Fernández y muchos otros, todos universal, con la especificidad latinoamericana. Las palabras "interno" y "externo" son obviamente relativas y suplementarias dentro de este esquema. Cf. O. Fals Borda, Subversión y desarrollo en América Latina, (estudio reproducido en diversas publicaciones, 1971); Revoluciones inconclusas en América Latina, México Siglo XXI, 3a. edición, 1971.

En esquema:

Sociología del conflicto	Filtro de la realidad latinoamericana	Teoría de la dependencia (factores externos)
Escuela marxista leninista		Teoría de la subversión (factores internos)
		Nuevo aporte teórico a nivel universal

Este marco teórico general ha permitido a la Rosca hacer incursiones algo novedosas sobre indigenismo, etnia, arte popular, región y nación, como elementos para entender mejor y dinamizar la lucha de clases en términos colombianos. Son conceptos que tienen una tradición respetable en la literatura sociológica y política de la cual se partió, pero que se descubren con nuevos visos para la determinación y uso de grupos claves regionales.

PERSPECTIVA FINAL

Ahora se perfila un mayor rigor en la tarea investigativa del observador militante. Habrá que desarrollar y ensayar técnicas de estudio y acción realmente interdisciplinarias -con las ya conocidas que sean adecuadas, y otras nuevas - que permitan aprehender la compleja realidad en su propia función, sin distorsionarla. Esto quiere decir que los cuadernos deberán dominar los marcos metodológicos y conceptuales de la sociología, la historia, la antropología, la economía y la geografía, de manera combinada y simultánea, tratando de romper los comportamientos estancos en que estas ciencias se encuentran (especialmente en la universidad) para producir una acción más eficaz y una teoría más ágil y realista.

Además los cuadros deberán saber dirigir la atención hacia los hechos más pertinentes y significativos de cada región para fines de organización, educación y acción en ella; sabrán combinar el estudio de lo "macro" con el análisis de lo "micro"; y podrán anticipar un determinado nivel de síntesis y sistematización de conceptos que luego reviertan como información a los grupos de base para la constatación final con la realidad.

Este tipo de constatación puede ser suficiente para ir acumulando el conocimiento desde el punto de vista científico, sin necesidad de acudir a computadoras electrónicas o referirse a marcos "universales" de pensadores ilustres de otras latitudes con ese mismo fin; y va construyendo una ciencia propia y popular que parece converger a dimensiones igualmente universales. En resumen; la ciencia puede seguir existiendo aún con la modestia y las contradicciones del subdesarrollo y puede irse enriqueciendo al paso de las generaciones que experimentan conflicto y que van en busca de la justicia social y económica. Es a la vez una herramienta crítica para el cambio social, especialmente útil cuando algunos de sus marcos generales se rompen y dan paso a esquemas más adecuados de explicación. Los marcos descartables son aquellos que reflejan valores sociales conservadores que sirvan a clases explotadoras y a sociedades superdesarrolladas.

Otros han demostrado cómo una explicación teórica adecuada de la realidad facilita la acción y simultáneamente, como este proceso llega a ser un aporte a la ciencia. Es posible que las ciencias sociales en Colombia sean más claras y eficaces al cabo de esfuerzos de búsqueda autónoma como el que trata de adelantarse con el método de estudio-acción. Sobrevivirán y se acumularán aquellos conceptos y técnicas que pasan por la prueba de fuego de la experiencia revolucionaria. Estos serán seguramente los mismos que aplicarán futuras generaciones de observadores-militantes en las subsiguientes etapas de reconstrucción nacional, cuando las clases populares habrán conquistado el poder.

Bogotá, marzo de 1972

PERTINENCIA ACTUAL DE LA EDUCACION POPULAR Y PROYECCION EN LOS AÑOS VENIDEROS¹

Orlando Fals Borda

Sus preguntas sobre la pertinencia actual de la educación popular y su posible proyección en los años venideros, invitan a todo el CEAAL a autoexaminarse y a recolocarse en el dinámico contexto de nuestro hemisferio. Algunas son cuestiones de otrora que no conviene olvidar. Todas suscitan expectativas que, si bien enfocadas y llevadas a la práctica, pueden confirmar a nuestro Consejo como el motor de cambio sociocultural que siempre hemos querido ser.

1. ¿Cuáles son los principales aportes de la educación popular en todos estos años?

La primera pregunta toma a Paulo Freire como punto de partida. A él igualmente lo sigo reconociendo, junto con Louis Stenhouse, como uno de los grandes filósofos prácticos de la participación rousseauiana aplicada a la educación. En este nuevo tipo de educación liberadora e incluyente, el antiguo contacto sujeto (profesor)-objeto(alumno) quedó transformado en la rica relación horizontal de sujeto-sujeto que hoy se busca y aplica en las disciplinas sociales. Esta simetría, que incluye el principio de la suma de saberes diversos, se ha extendido a la dimensión institucional (con la escuela o universidad participativa), a la estructura de paradigmas para la investigación social (con el constructivismo que corrige el dualismo cartesiano) y a concepciones cosmogónicas (como el holismo de Bateson y Capra).

Me parece estratégico retomar en esta forma el principio del “educador como investigador” que viene de aquella intensa década de los años sesenta, y aplicarlo a los contextos específicos comunitarios y ambientales de la experiencia escolar. Stenhouse y Freire apenas sugirieron la metodología necesaria para esta compleja tarea binaria, lo que es comprensible porque en sus días seguía el dominio de las escuelas funcionalistas y positivistas poco receptivas a aquellas novedades y utopías.

Por fortuna, muchos docentes inspirados por la nueva filosofía educativa, procedieron a desarrollar técnicas congruentes con la educación popular más allá de la “investigación temática” y así llegaron a la Investigación Acción Participativa (IAP), entre otras. Siguen hoy con igual empeño, a través de sus instituciones y organismos culturales, en trabajos importantes como los que he visto en Colombia

¹ Con este texto, Fals Borda aportó al debate latinoamericano sobre educación popular, fase de preparación de la IV Asamblea General del Consejo de Educación de Adultos de América Latina CEAAL realizada en Recife (Brasil) en 2004.

como la “Expedición Pedagógica”, el “Mapa en Red”, “Dimensión Educativa” y “Amerindia”. Ahora se complementan mejor las enseñanzas freirianas con la IAP, de tal manera que ellas se han extendido juntas por el mundo.

Por tanto, la fórmula sumatoria EP+IAP parece ser uno de los aportes principales de los anteriores esfuerzos del CEAAL. Quiero aclarar que esta fue una de las conclusiones derivadas del Noveno Congreso Mundial de Investigación-Acción y Gestión de Procesos realizado en la Universidad de Ballarat (Australia) en el año 2000.

2. ¿Qué es lo que sigue vigente de los planteamientos centrales de la educación popular y qué es lo que se ha replanteado (o lo que debe ser replanteado)?

La segunda pregunta reconoce que nuestros trabajos como educadores-investigadores han estado y siguen interferidos por una lucha política de extremos, que no da suficiente espacio para la neutralidad o la pasividad. Parece que el punto central es un dilema que puede sintetizarse así: entender si nuestro quehacer alimenta la vida, la solidaridad, la equidad y la tolerancia, o si en cambio favorece la destrucción de estos valores y los sustituye con el individualismo acumulativo, amoral y tanatómico. Según los principios filosóficos originados en la ilustración, la educación popular debería colocarse claramente en la vertiente constructivista; pero ello no siempre es así porque las instituciones académicas muchas veces tiende a la rutina, esto es, se tornan amigas de sostener un statu quo excluyente que vive de las injusticias, de la pobreza y la ignorancia generalizadas, y de la violencia darwiniana y/o estructural.

Como lo mencioné en el punto anterior, la educación popular ha planteado de manera general y experimental lo necesario para reenfocar la enseñanza-aprendizaje, y flexibilizar las instituciones académicas. Creo que ahora debemos enfatizar todo ello, lo cual implica hacer una crítica a fondo contra el desarrollismo capitalista imitativo de instituciones norteamericanas y contra el complejo militar-industrial-neoliberal del Norte. Estas políticas dudosas son prueba suficiente del fracaso de la ilustración liberal del siglo XVIII. Ello es tan evidente, que hasta sus inventores están revisando instituciones centrales de la tradición histórica europea, como el Estado-nación y el concepto de soberanía. Estos retos deben ser más claramente aceptados por los educadores-investigadores e incluidos como materias de enseñanza en los pñsumes de las escuelas y en otras prácticas educativas y culturales, es decir, como frutos de políticas educativas mejor sintonizadas con fenómenos postmodernos.

Reconocer la complejidad de estos procesos políticos y sociales, ofrece apenas uno de los marcos útiles para los fines de transformación estructural. En mi opinión, hay otros marcos que critican y observan con mayor certeza la modernidad en crisis, como son las escuelas de la teoría del caos, la de sistemas y la de neomarxismo humanista. He encontrado también útil la lectura sobre paradigmas alternativos del sociólogo Boaventura de Souza Santos en su último libro *“La caída del Angelus Novus”*, que me permito recomendar. Creo, con el Foro de Porto Alegre que “otro mundo es posible” y hacia su construcción debemos dirigir nuestras energías como profesionales y como seres humanos.

3. ¿Cuáles serían los principales aspectos que deben ser trabajados para fortalecer un movimiento de educación popular en América Latina que contribuya a la transformación social?

La tercera pregunta es, para mí, la más fascinante porque tiene que ver con el quehacer, e invita a buscar modelos alternativos de acción. Rosa Luxemburgo ya nos había llamado la atención al respecto: su vertiente habría dado luz a una versión socialista distinta de la stalinista. Esta discusión no ha terminado, así lo hubieran querido los Fukuyamas del mundo. En efecto, los educadores-investigadores populares no podemos excusarnos de tomar partido hoy en el histórico duelo, que apenas va a medias, entre el capitalismo y el socialismo.

Al ver los fracasos y las limitaciones de la escuela socialista y socialdemócrata europea durante el siglo XX, nos corresponde ahora crear nuestra versión propia de un socialismo contextual de la América Profunda, que refleje sus realidades, diversidades y riquezas humanas y ambientales, un socialismo autóctono y respetuoso de nuestras raíces primigenias, las que nos vienen desde hace siglos de grupos aborígenes, negros, desplazados cimarrones, campesinos ibéricos pobres de la tradición anti-señorial, colonos autonómicos mestizos y artesanos y otros grupos productivos locales. Recordándolo, creo que éste era el propósito recóndito del último mensaje de Freire al Congreso de la IAP en Cartagena, enviado poco antes de su muerte en 1997. No olvidemos el compromiso que tuvo con las revoluciones de Chile, Cuba, Guinea-Bissau, Nicaragua y Brasil, y con su permanente atención a las necesidades de los pueblos pobres y marginados del mundo.

Para respetar por lo menos la memoria de aquella impresionante y sencilla carta de despedida del maestro, espero que haya el mayor consenso posible entre nosotros con relación a la necesidad de organizar y apoyar movimientos educativos, culturales y sociales de base más fuertes aún que los movimientos

anti-capitalistas del siglo XIX, para contribuir a la transformación de nuestros países. Tendremos que sembrar en escuelas, universidades, grupos, comunidades, gobiernos y otras partes, los valores emergentes de la oleada de la izquierda democrática de “sujetos históricos” que viene desde el Cono Sur (y también ahora desde España), subiendo hacia Colombia y Venezuela. Que vengan pronto, porque en estos países necesitamos afirmar las cabezas de playa que hemos venido ocupando inesperadamente desde hace un corto tiempo.

Por eso veo con interés los documentos producidos al respecto en las últimas asambleas del CEAAL, es especial la reunión de Córdoba en julio de 2003, en las que se propusieron cinco ejes sobre educación emancipadora, recordatoria del ideal liberador de antaño, y se acogieron tesis del interesante memorando de Sergio Martinic. No tengo objeción de fondo a estos documentos; los aprecio mucho, a lo que añadiría la necesidad de ir más allá de la simple conversación, formulación y publicación de propuestas, por supuesto, me gustaría ver de nuevo a La Piragua desplegar sus velas y vehicular los intercambios entre nosotros. Además, creo que la participación ciudadana, para ser eficaz, debe incluir la resistencia activa y democrática contra la imposición globalizante de políticas hegemónicas “desde arriba”, como los tratados de libre comercio que nos quieren hacer a través de gobiernos entreguistas y economicistas sin corazón, de buena parte culpables de la horrenda situación del mundo inhumano y fracturado de hoy.

Esperaría, eso sí, que el futuro hubiese mayor consistencia y constancia en nosotros que en el pasado, para acortar la distancia entre tales planteamientos y su ejecución. La lectura de estos ejes me hizo recordar las discusiones que teníamos sobre el principio de combinar la praxis con la frónesis, en la época cuando yo tenía el gusto y el honor de presidir el Consejo. En efecto, recordemos que la acción como tal, sin ir de la mano con la orientación ético-política del buen juicio, no serviría de mucho, y menos en la inestable situación creada por intereses que no quieren que florezca la paz, la justicia y la prosperidad generalizada, en nuestro hemisferio. Este es el momento de inventar con lo nuestro para no perecer, como lo quería el maestro venezolano Simón Rodríguez en el siglo antepasado.

Los educadores-investigadores podemos trabajar y crear con una secuencia formativa anterior y muy distinta de los pueblos mediterráneos de Occidente, de quienes proviene la cultura en parte extraña que hemos transmitido en las aulas hasta hoy. Reaccionar ante ese eurocentrismo sin chauvinismos, pero con autonomía de interpretación y con amor, orgullo y respeto por nuestro

universo –para lo cual tenemos suficientes protagonistas en recursos humanos y materiales, y suficiente inteligencia e imaginación- sería, a mi entender, tarea fundamental para la educación emancipatoria que se plantea.

Nota:

Tomado de “*La Piragua*” N° 21. México, Consejo de Educación de Adultos de América Latina CEAAL, 2004

El Tercer Mundo y la reorientación de las ciencias contemporáneas

Nueva Sociedad
107
mayo
junio
1990

Orlando Fals Borda

Una corriente intelectual autónoma se ha ido formando en el Tercer Mundo, dentro de un marco crítico común al statu quo, que desafía políticamente a las instituciones del poder formal. Hay tanta información original sobre nuestras sociedades que sirve para generar una reflexión teórica y metodológica propia, que modifica nuestra visión sobre los problemas humanos e influye más allá de la periferia. Este desarrollo se acopla a los estudios de pensadores del Norte, quienes han alcanzado un mayor respetuoso conocimiento de nuestras realidades, y que son igualmente críticos de lo establecido, en el Norte y en el Sur. Los trabajos de unos y otros tienen, en últimas, un carácter político y universal.

Hay un fenómeno intelectual que ha venido desarrollándose en los últimos dos decenios, pero que no ha recibido quizás la suficiente atención que merece, que trasciende el dominio de todo campo especializado y toca a tesis sobre la universalidad de la ciencia.

Orlando Fals Borda: pensador colombiano.

Nota: Este artículo es una versión revisada para Nueva Sociedad de la conferencia pública con que el autor reinició sus tareas en la universidad, después de 20 años de ausencia, lapso en el que buscó y ensayó formas alternas de obtención y acumulación de conocimientos, hoy sintetizadas por la escuela de Investigación-Acción Participativa (IAP).

Palabras clave: cultura, Tercer Mundo, ciencias sociales.

***Los euroamericanos,
 evidentemente,
 progresaron
 y se enriquecieron
 con el desarrollo
 científico-técnico,
 mucho a expensas
 de nosotros
 los del Tercer Mundo.
 Pero ello fue también
 a expensas de su alma
 y de los valores sociales***

Me refiero a la incidencia sobre determinados grupos académicos y políticos de Europa y Norteamérica de una contracorriente intelectual autónoma que se ha formado entre nosotros los del Tercer Mundo, dentro y fuera de las universidades. Junto a este fenómeno, como elemento de refuerzo de la misma tendencia, figura un mayor y respetuoso conocimiento de la realidad cultural y humana de nuestras sociedades tropicales y subtropicales, adquirido durante este periodo tanto por nosotros como por europeos y norteamericanos. Tiendo a pensar que muchos de estos descubrimientos

se han realizado dentro de un marco crítico común, que invita a retar políticamente a las instituciones del poder formal, así en los países dominantes como en los dependientes. Pero el orto de este movimiento, con sus impulsos raizales y remolinos revolucionarios, parece hallarse más entre nosotros los periféricos que en el mundo desarrollado.

Por supuesto, estas premisas implican varios puntos debatibles. El primero, que en los últimos años en verdad se ha configurado, en nuestros países pobres y explotados, un grupo de científicos sociales y políticos retadores del *statu quo*, cuya producción independiente ha tenido efectos localmente y más allá de las fronteras nacionales. El segundo punto, que se ha acumulado tanta información fresca sobre sectores de nuestras sociedades como para dar base a una reflexión teórica y metodológica propia, que modifica anteriores interpretaciones, por lo regular exogenéticas o eurocéntricas. Claro que los trabajos rutinarios no han desaparecido de nuestras universidades, ya que sus marcos de referencia continúan reproduciéndose por inercia en instituciones académicas y en medios de comunicación masiva controladas por personas caracterizables como *colonos intelectuales*. No obstante, la producción de estas personas por regla general no ha trascendido las fronteras nacionales, precisamente por el mimetismo que despliegan.

Todo esto es debatible, pero quizás haya acuerdo general en que existen pruebas para demostrar en principio las dos premisas sugeridas. Más bien me dedicaré a explorar una hipótesis complementaria. Sostendré que aquella incidencia intelectual del Tercer Mundo tropical sobre grupos homólogos críticos de países dominantes encuentra acogida en razón de la crisis existencial que afec-

ta a las sociedades avanzadas de las zonas templadas, sea por las proclividades auto-objetivantes de la ciencia y la técnica modernas desarrolladas allí –especialmente en sus universidades–, sea porque hoy surgen amenazas serias para la supervivencia de todo el género humano relacionadas con los avances inconsultos de esa misma ciencia euroamericana fetichizada y alienante.

Los euroamericanos, evidentemente, progresaron y se enriquecieron con el desarrollo científico-técnico, mucho a expensas de nosotros los del Tercer Mundo. Pero ello fue también a expensas de su alma y de los valores sociales, como en el contrato mefistofélico. Ahora, después de haber botado la llave del arca del conocimiento prístino de donde partió el progreso, hastiados de éste por la forma desequilibrada que tomó, y avergonzados de la deshumanización resultante, los nuevos Faustos pretenden reencontrar la llave del enigma en las vivencias que todavía palpitan en las sociedades llamadas atrasadas, rurales, primitivas, donde existe aún la praxis original no destruida por el capitalismo industrial: aquí en América Latina, en África, en Oceanía.

Si esto fuese cierto, tal constatación de las fallas existenciales e ideológicas en la zona templada podría darnos todavía más certeza y justificación a los del Tercer Mundo en la búsqueda autónoma para interpretar nuestras realidades. Y más seguridad en nuestra capacidad de saber modificarlas y construir formas alternativas de enseñanza y de acción política y social para beneficio nuestro y, de contera, también para el de todos los pueblos explotados y oprimidos de la Tierra.

La frustración del eurocentrismo

No es nuevo lo que sigue: desde comienzos del presente siglo, y en especial a partir de los desastres materiales y espirituales de la Primera y Segunda Guerras Mundiales, muchos científicos y filósofos europeos reconocieron el problema existencial aludido y cuestionaron el propósito final de sus conocimientos y acumulaciones técnicas, así en las universidades como en los laboratorios. El inspirador de esas tareas había sido el cartesianismo analítico, junto con la tentación teleológica de obtener control sobre los procesos naturales.

Además, en lo político se habían diseñado formas democráticas representativas apuntaladas en un positivismo funcional y en las ideologías de la libre empresa y la propiedad absoluta. Como no todo anduvo bien, la sociedad europea se dividió entre utopistas y realistas, dando origen a esa colitroversia permanente que parte de Hobbes y encuentra su nadir en el fascismo.

Al cabo de casi dos siglos de experiencias, la desilusión y la protesta se convirtieron en alimento diario de aquella sociedad. Recordemos, entre otras voces discolos, el pesimismo de Spengler sobre los resultados de la búsqueda del desarrollo económico, y la crítica fenomenológica de Husserl sobre el desvío del positivismo, creando escuelas que desembocaron en revisiones sustanciales de la interpretación ontológica. Hasta las ciencias naturales experimentaron esta desazón y buscaron una revisión orientadora. Encabezados por los físicos cuánticos, descubrieron la infinitud de la estructura interna de las partículas atómicas y dieron el salto del paradigma mecánico de lo cotidiano, de Newton, al infinitesimal y relativo de Einstein, complementándolo con la inesperada y herética constatación (de Heisenberg) sobre la indeterminación del conocimiento experimental y el papel antrópico del observador.

En el campo filosófico y universitario hubo también esfuerzos para alejarse del cartesianismo y del positivismo que vale la pena recordar: entre otros los de la Escuela Crítica de Francfort al combinar el rechazo al nazismo con el rescate antidogmático del marxismo; y el de la filosofía de la ciencia (Gaston Bachelard). Todos estos esfuerzos fueron de grandes proporciones para el secuento desarrollo científico y técnico y para la revisión de actitudes ante el conocimiento y el progreso humanos. En las universidades del Tercer Mundo, quizás por razones de lenguaje, apenas si llegaron los murmullos de esa revisión. En lo concerniente a las ciencias sociales, por ejemplo, éstas siguieron apegadas al científicismo positivista, y todavía hoy se hallan allí en la anticuada etapa del paradigma newtoniano.

Sin embargo, hubo igualmente lastres persistentes en el desarrollo de la reinterpretación crítica europea. Por lo general, los intelectuales iconoclastas pretendieron resolver, comprensiblemente, sus problemas de concepción y orientación todavía dentro de los parámetros del conocimiento tradicional. Europa seguía siendo el ombligo del mundo, el modelo a seguir por todos los demás, aunque su sociedad fuera perdiendo sabor y sentido para sus propios miembros. Se pensó entonces que la solución de los problemas existenciales de las naciones avanzadas podía alcanzarse si se desanduviera allí mismo el recorrido hasta retrotraerlo al complejo cartesiano como reconocido punto de partida del desvío científicista. Y luego tomar el perdido rumbo humanista que corregiría los peligros de la alienación de los intelectuales y de los científicos.

Estas propuestas de enmienda, evidentemente parroquiales, siguieron discutiéndose por un buen tiempo. Hasta Habermas, la última gran figura de la Escuela de Francfort, cayó en el simplismo de la continuidad eurocéntrica y del

modelo del desarrollo avanzado. Ello limitó las implicaciones universalistas de sus tesis sobre conocimiento e interés como fórmula para superar el síndrome de la deshumanización moderna que advirtió, interpretó y condenó en toda su amplitud.

Desde cierto punto de vista, el eurocentrismo umbilical es inexplicable, porque la sociedad y la ciencia europeas son en sí mismas el fruto histórico del encuentro de culturas diferentes, incluyendo las del actual mundo subdesarrollado. Es natural preguntarse, por ejemplo, si Galileo y los demás genios de la época hubieran llegado a sus conclusiones sobre la geometría, la física o el cosmos sin el impacto del descubrimiento de América, sus productos y culturas, o sin la influencia deslumbrante de los árabes, hindúes, persas y chinos que bombardearon con sus decantados conocimientos e invenciones a la Europa rudimentaria del pre-Renacimiento.

El eurocentrismo umbilical es inexplicable, porque la sociedad y la ciencia europeas son en sí mismas el fruto histórico del encuentro de culturas diferentes, incluyendo las del actual mundo subdesarrollado

La reveza de la vieja corriente colonizadora

Ultimamente, los grupos de intelectuales sufrientes de Euroamérica han tratado de corregir en las universidades y fuera de ellas, aquella tendencia narcisista y parroquial. Es posible encontrar ahora entre ellos expresiones de reconocimiento respetuoso del mundo marginal pauperizado, un querer sentir y comprender empáticamente los valores de las sociedades tropicales y subtropicales no industrializadas, cierta admiración nostálgica por la resistencia de los indígenas y campesinos analfabetas y explotados del Tercer Mundo ante los daños y perjuicios del desarrollo capitalista y de la racionalidad instrumental.

Evidentemente, tales grupos de protesta intelectual y científica van más allá de las descripciones de aspaviento de viajeros y misioneros de siglos anteriores. Pero vale la pena recordar algunas expresiones notables, y examinar sus lazos o afinidades ideológicas con lo nuestro. Veremos cómo muchos asuntos principales tratados por ellos se enraizan en la problemática del Tercer Mundo y se articulan con ella. Esto demostraría cómo las viejas corrientes intelectuales colonizadoras del Norte hacia el Sur pudieran estar cambiando parcialmente de curso en estos años para volverse en dirección contraria, del Sur hacia el Norte, y crear interesantes olas de convergencia temática inspiradas en la vieja consig-

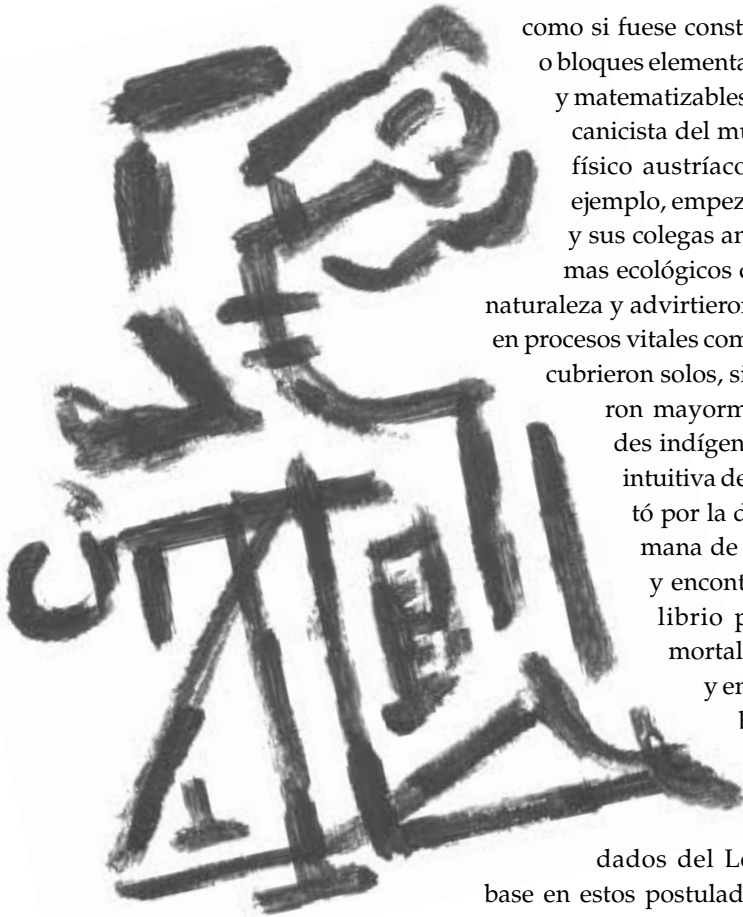
na de conocer para poder actuar bien y transformar mejor. En cuyo caso, lo que estaríamos observando sería realmente el comienzo de una hermandad universal comprometida políticamente contra sistemas dominantes, una hermandad conformada por colegas intensamente preocupados por la situación social, política, económica y cultural de todos nosotros los que heredamos este mundo injusto, deforme y violento, allá como acá, y que queremos cambiarlo de manera radical.

Veamos una expresión de la convergencia temática y compromiso espiritual y político en quienes han rescatado la cultura popular e indígena. Con este esfuerzo se ha descubierto otra visión del mundo muy distinta de la transmitida por culturas opresoras. Como se sabe, para alcanzar esa visión Claude Levi-Strauss hizo viajes frecuentes a América Latina y África, y plasmó en páginas admirativas el «pensamiento salvaje» que allí detectó. Son las realidades cosmológicas sobre los circuitos de la biósfera y el mecanismo del «eco humano» que comunicaron también los indios Desana de nuestra Amazonía a Gerardo Reichel-Dolmatoff. Estos estudiosos, como muchos otros autores, recogieron aquella sabiduría precolombina que los universitarios occidentales habían despreciado, pero que el pueblo común tercermundista preservó a pesar de todo en sus lejanos caseríos y vecindarios.

No nos sorprenda que allí, en ese mundo rústico, elemental o anfibio (el del hombre-caimán y el hombre-hicotea) que ha atraído a los antropólogos, se haya configurado también el complejo literario del Macondo, hoy de reconocimiento universal. Científicos e intelectuales del Norte y del Sur convergieron así creadoramente con novelistas y poetas para abrir surcos nuevos de comprensión del cosmos y retar versiones facilistas y parciales del conocimiento que provienen de la rutina académica o universitaria. Los Macondos, junto con los bosques brujos de los Yaquis, las selvas de los Mundurucú y los ríos-anaconda de los Tupis son símbolos de la problemática tercermundista y de la esperanza euroamericana: reúnen lo que queremos preservar y lo que ansiamos renovar. Retan lo que cada uno cree que piensa de sí mismo y de su entorno. En fin, lo macondiano universal combate, con sentimiento y corazón, el monopolio arrogante de la interpretación de la realidad que ha querido hacer la ciencia cartesiana, especialmente en las universidades.

Esa desorientación inhumana

Tampoco se salvan de los retos del mundo subdesarrollado los practicantes de las ciencias naturales, especialmente aquellos que persisten en ver el universo



como si fuese constituido de partículas o bloques elementales finitos, medibles y matematizables. La concepción mecanicista del mundo, que heredó el físico austríaco Fritjof Capra, por ejemplo, empezó a caer cuando éste y sus colegas analizaron los problemas ecológicos de explotación de la naturaleza y advirtieron formas no lineales en procesos vitales comunes. Eso no lo descubrieron solos, sino que lo aprendieron mayormente de comunidades indígenas y de la sabiduría intuitiva de éstas. Capra protestó por la desorientación inhumana de la ciencia moderna, y encontró factores de equilibrio para esa tendencia mortal sólo en el «I Ching» y en enfoques holísticos basados en el *yin* y el *yang* y en el misticismo de los pueblos olvidados del Lejano Oriente. Con base en estos postulados tercermundistas, presentó su desafiante doctrina del «Punto de retorno» y su propuesta de una metafísica que comparten otras autoridades científicas (no todas, por supuesto).

De manera similar, el epistemólogo canadiense Morris Berman descubrió las limitaciones de los conceptos académicos de circuito, campo de fuerza, conexión e interacción a través del estudio de la alquimia medieval, del totemismo y de los cultos a la naturaleza de los indígenas americanos. Fueron trabajos de africanos (Chinúa Abebe y otros) los que más le iluminaron para replantear la importancia que tienen para la ciencia moderna tesis derivadas de esas formas no académicas, y la necesidad de «reencantar el mundo» con lo que él llamó «conciencia participativa». Así hizo eco a clamores similares de grupos latinoamericanos e hindúes que planteaban, desde antes, metodologías innovadoras con esta clase de conciencia.

¿Qué llevó a Foucault, por su parte, a postular la conocida tesis sobre «insurrección de conocimientos subyugados» en su primera conferencia de Turín? El mismo lo explica como una reacción a la tendencia erudita de producir un solo cuerpo unitario de teoría como si fuera la ciencia, olvidando otras dimensiones de la realidad, especialmente las de las luchas populares no registradas ni oficial ni formalmente. No sabemos con exactitud, por su prematura muerte, cuánto incidió en Foucault el constatar la difícil situación de los indígenas americanos a quienes visitó, y de quienes alabó sus supervivencias culturales y uno que otro alucinógeno. No debió ser poco, ya que la homologa con las luchas olvidadas que él mismo documenta sobre el loco, el enfermo y el preso. De allí se derivan sus análisis sobre las relaciones entre el saber y el poder político y los condicionantes sobre el poder científico, análisis que convergen con claras preocupaciones tercermundistas anteriores y contemporáneas.

Veamos

Puede parecer antipático hacer un examen sobre la originalidad de las ideas en grupos de intelectuales o universitarios del Norte y del Sur; pero como la hipótesis complementaria sobre la acogida existencial e ideológica de los norteamericanos que he venido explorando lleva hacia allá, voy a intentarlo con la consideración debida. Me parece que los hechos hablan por sí solos, de modo que procederé no más que a mencionar los polos temáticos respectivos, declarando fuera de concurso, anticipadamente, a escritores historiadores latinoamericanos como Eduardo Galeano y Alejo Carpentier, por las obvias razones de su demostrada universalidad.

La dialógica moderna se propuso primero en el Brasil (Paulo Freire). Dar voz a los silenciados y fomentar el juego pluralista de voces diferentes, a veces discordantes, se convirtió en consigna de estudio y acción para sociólogos influyentes del Canadá (Budd Hall) y Holanda (Jan de Vries), entre muchos otros, y para todo un movimiento renovador de la educación de adultos a escala mundial.

Las teorías de la dependencia y el sistema capitalista mundial, así como del desarrollo del subdesarrollo, encontraron sus primeros campeones en Egipto-Senegal (Samir Amin) y América Latina (Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Celso Furtado, André Gunder Frank), con replicaciones posteriores en Europa (Dudley Seers, Immanuel Wallerstein). De la misma manera han tenido repercusiones los aportes de la Comisión Económica para América Latina (Cepal) en las teorías sobre el equilibrio económico regional, así como la crítica tercermun-

dista de los «economistas descalzos» (Manfred Max-Neef) que demuestra las graves fallas técnicas y teóricas de esta disciplina, sus objetivos y alcances.

La propuesta praxiológica de la subversión moral que se extendió por todo el mundo, incluyendo las universidades de los países avanzados, tuvo su cuna entre las gentes de nuestras islas y montañas y sus luchas (Che Guevara, Camilo Torres). Asimismo, y en similares circunstancias, emergió de nosotros la teología de la liberación (Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez) que ha llevado a revisar la rutina eclesial católica y ecuménica. El rescate de las luchas populares y de la personalidad y cultura de los «grupos sin historia» ha sido iniciativa de bengalíes, hindúes y srilanqueses (De Silva, Rahman y otros) con resonancias posteriores en trabajos euroamericanos (Georges Haupt, Eric Wolf).

Además del impacto de las revoluciones de Cuba y Nicaragua, que colocaron a Latinoamérica en su momento a la vanguardia de movimientos de liberación sociopolítica, registramos el positivo efecto sobre el marxismo esclerosado de los europeos con aportes concretos de nuestros investigadores sobre problemas de la periferia en América, África, Asia y Australia (Bartra, Benarjee, González Casanova, Mustafá, Stavenhagen, Taussig). El efecto de esta obra es más visible hoy en el mundo del *glásnost*. Algo semejante ha ocurrido con las teorías del Estado y la democracia originadas en el Cono Sur americano (Lechner, O'Donnell); sin olvidar el extraordinario aporte original de los hindúes a la física cuántica.

El Simposio Mundial de Cartagena de 1977 sobre investigación-acción participativa (IAP), en el que las voces y experiencias del Tercer Mundo fueron determinantes, sostuvo tesis sobre recuperación histórica local, historia en el presente, devolución del conocimiento, intervención y participación social, que anticiparon, complementaron o reorientaron trabajos convergentes en Austria, Estados Unidos, Francia, Holanda, Suecia y Suiza.

El estudio autonómico de nuestros problemas y el acoplamiento a estos estudios entre los norteños que sufren su propia crisis existencial e ideológica, es

***Asfixiados
por sus nubes tóxicas,
basureros radioactivos
y lluvias ácidas,
aturdidos
por la vacuidad juvenil,
asustados por misiles
y cohetes militares,
los euroamericanos
buscan respuestas,
soluciones y equilibrios
en nuestros aires frescos
y horizontes vitales***

evidente. Asfixiados por sus nubes tóxicas, basureros radioactivos y lluvias ácidas, aturdidos por la vacuidad juvenil, asustados por misiles y cohetes militares, los euroamericanos buscan respuestas, soluciones y equilibrios en nuestros aires frescos y horizontes vitales. Lo dicho muestra también cómo la corriente del pensamiento del centro hacia la periferia se ha venido revezando, y cómo ella está tomando igualmente la interesante derivación Sur-Sur.

Parece que se ha venido formando así, desde hace unos 20 años, un movimiento conjunto de colegas de diversos orígenes nacionales, raciales y culturales preocupados por la situación del mundo en su totalidad, cuyos puntos de vista confluyen a nivel de igualdad de manera comprometida y crítica contra el *statu quo* y los sistemas dominantes.

Un reto político universalmente compartido

En últimas, el efecto de todos estos trabajos es de carácter político y seguramente de alcance universal. Puede verse que la hermandad de los intelectuales y universitarios críticos del Norte y del Sur propende a un mundo mejor, en el que queden proscritos el poder opresor, la economía de la explotación, la injusticia en la distribución de la riqueza, el dominio del militarismo, el reino del terror y los abusos contra el medio ambiente natural. Como hemos visto, sobre estos asuntos vitales nos reforzamos mutuamente los unos a los otros. Por encima de las diferencias culturales y regionales, reiteramos el empleo humanista de la ciencia y condenamos el uso totalitario y dogmático del conocimiento. Tratamos de brindar, por lo tanto, elementos para nuevos paradigmas que recoleen a Newton y Descartes. Buscamos dejar atrás a los dos tetricos hermanos: el positivismo y el capitalismo deformantes, para avanzar en la búsqueda de formas satisfactorias de sabiduría, razón y poder, incluyendo las expresiones culturales y científicas que las universidades, las academias y los gobiernos han despreciado, reprimido o relegado a segundo plano. Es lo que, en términos generales, se llamó durante el decenio de 1960, «ciencia social comprometida».

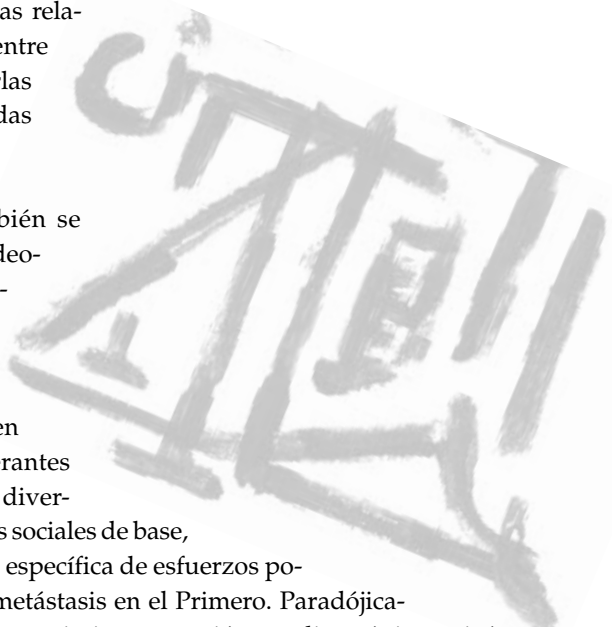
Una revisión detallada de los trabajos mencionados puede demostrar que existe en todos ellos no solo el ideal del «compromiso», de los años 60 y la reacción contra el monopolístico paradigma positivista, sino el afán político de dar un paso más y ofrecer una alternativa clara de sociedad. Esta propuesta –queda dicho– se alimenta de un tipo de conocimiento vivencial útil para el progreso humano, la defensa de la vida y la cooperación con la naturaleza. Quienes hemos querido ayudar a construir esta propuesta, hemos hablado de participación cultural,

económica y social desde las bases, la construcción de contrapoderes populares, la proclamación de regiones autónomas y el ensayo abierto de un federalismo libertario. Además, la propuesta vivencial alternativa invita a revisar concepciones antiguas sobre la autodefensa justa, el tiranicidio y el maquiavelismo, sólo sancionadas antes en España e Italia.

Queremos, pues, fomentar actitudes altruistas que equilibren la parcial visión hobbesiana de la sociedad del hombre-lobo-para-el-hombre que nos han transmitido en la escuela europeizante y fuera de ella como verdad universal y eterna. En fin, queremos sondear las relaciones dialécticas que existen entre conocimiento y poder y colocarlas al servicio de las clases explotadas para defender sus intereses.

La propuesta alternativa también se construye como neutralizador ideológico de las soluciones nazifascistas, xenofóbicas y de fuerza que acabaron con Europa y amenazan aún a democracias maduras, para favorecer en cambio salidas pluralistas, tolerantes de diferencias y puntos de vista diversos contruidos con movimientos sociales de base, lo cual ha sido una contribución específica de esfuerzos populares del Tercer Mundo con metástasis en el Primero. Paradójicamente, éste era el tipo ideal de conocimiento y acción, medio utópico quizás, por el que propugnaron los filósofos principales de los siglos XVII y XVIII, empezando con la invitación de Sir Francis Bacon de crear una tecnología humanista. Supongo que Descartes nunca imaginó las distorsiones vivenciales y los desastres ecológicos que sus tres reglas de análisis positivo impusieron a la sociedad. Ni que Galileo hubiera querido que la matematización de la naturaleza iniciada por él, llevara a la bomba atómica.

Aun así, los ideales de bienestar humano de aquellos filósofos y científicos persisten. Las recientes generaciones de intelectuales comprometidos del Norte y del Sur, sin volver atrás el reloj de la historia, han empezado a revisar mitos y tabúes creados desde la Ilustración alrededor de las instituciones sociales, religiosas y políticas vigentes, ya que éstas, con el paso de los años, han perdido su



espíritu para tornarse en cosas y fetiches. Tal el caso con los conceptos de Estado-nación, el partido político, la democracia representativa, la soberanía y la legalidad del poder público, por una parte; y por otra, los conceptos de Iglesia-Estado, el concordato eclesial, la prisión, el servicio militar y el desarrollo económico. El desempeño contagiante de estas instituciones enfermas y alienantes ha sido claramente denunciado por la hermandad crítica del Norte y del Sur, aunque del Tercer Mundo se hayan levantado voces más claras producidas quizás por el efecto empeorado de la experiencia regional derivada. Porque aquí sí parece que se cumpliera la tesis leninista sobre el rompimiento del sistema por el eslabón más débil.

Más allá de los dogmas

No es sorprendente, por lo mismo, que estén sobre el tapete las fórmulas alternativas de democracia y sociedad mencionadas atrás. Ello invita a ensayar estilos nuevos de hacer política y entenderla, hasta en las mismas universidades. Por eso, tanto en Europa como en la India y en Colombia buscamos métodos frescos y alegres de organización popular, diferentes de los impuestos por los dogmas (así liberales como leninistas) sobre los partidos con sus solemnes tesis sobre racionalidad, verticalidad del mando, centralismo de cuadros y monopolio de la verdad, dogmas y tesis que se han constituido en parte de nuestras crisis actuales. Y salen voces «bacanas» y luces correctivas desde nuestros países subdesarrollados que iluminan la potencialidad creadora de los azares de las luchas, de la espontaneidad y de la intuición de las masas, para ir organizando movimientos regionales sociales y políticos independientes.

Por último, si esta revisión aquí hecha resultara cierta, así fuese parcialmente, tendremos que cambiar los viejos mitos heredados sobre la superioridad del faro intelectual euroamericano, que tanto ha condicionado nuestra vida política, económica, cultural y universitaria, que nos mantiene en el atraso y en la pobreza permanentes.

Aun admitiendo la sintonía positiva con ese faro, sería triste mantenernos en los paradigmas ya superados por los desarrollos técnico-científicos modernos, y seguir repitiendo e imitando autores, filósofos e ideólogos cuya vigencia puede resultar discutible. ¿Para qué seguir llevando flores a ídolos dudosos, citar acriticamente escritores obsoletos, o elevar como maestros a colegas cuyo pensamiento ha sido eco o desarrollo de nuestros propios análisis, un eco a veces ampliado por la resonancia de aparatos hegemónicos? Si según muchos euroamericanos prominentes la llave del arca del conocimiento vivencial se encuentra

entre nosotros los de la periferia del Tercer Mundo, ¿no resulta absurdo persistir en hallarla a través de otros que, por razones histórico-culturales, no saben bien de los cofres tropicales y macondianos en que pueda estar escondida?

Estos datos deberían darnos a nosotros los periféricos todavía más certeza en la interpretación de nuestras realidades, más seguridad en saber transformarlas, y más confianza en construir autónomamente nuestros propios modelos alternativos de democracia y sociedad. Sin embargo, habría que ponernos de acuerdo –los grupos críticos de todas partes–, por lo menos en una condición de justicia histórica: que los esfuerzos de interpretación, cambio y construcción de los modelos nuevos se dirijan prioritariamente a beneficiar al pueblo humilde y trabajador del Tercer Mundo que celosamente guardó aquella llave del arca vivencial a través de siglos de penuria, explotación y muerte.

Todavía podemos aprender mucho de las formas de creación y defensa culturales, así como de las tácticas de resistencia popular, de nuestros humildes grupos de base. Formas y tácticas que pueden servir para que todos conjuntamente sorteemos con éxito la época de graves peligros y oportunidades en que nos ha tocado vivir.

Bibliografía

- Benarjee, Diptendra: *The Historical Problematic of Third World Development*, Burdwan (India), 1986.
- Berman, Morris: *The Reenchantment of the World*, Ithaca, 1981.
- Capra, Fritjof: *The Turning Point*, Nueva York, 1983.
- De Silva, G.V.S. et al.: «Bhoomi Sena: A Struggle for People's Power» en *Development Dialogue* N° 2, Upsala, 1979.
- De Vries, Jan: *Science as Human Behavior: On The Epistemology of Participatory Research Approach*, Amersfoort, 1980.
- Fals Borda, Orlando: *Conocimiento y poder popular: lecciones con campesinos de Nicaragua, Colombia y México*, Bogotá, 1986.
- Fals Borda, Orlando: «Participation and Research in Latin America» en *International Sociology* N° 4, Cardiff, 1987.
- Foucault, Michel: *Power/Knowledge*, Nueva York, 1980.
- Freire, Paulo: *Pedagogía del oprimido*, Bogotá, 1979.
- Hall, Budd: *Participatory Research*, Toronto, 1977.
- Lechner, Norbert: «Sociedad civil, autoritarismo y democracia» en *Crítica y Utopía* N° 6, Buenos Aires, 1982.
- Max-Neef, Manfred: *Economía descalza*, Estocolmo, 1986.
- Mustafa, Kemal: *Participatory Research and Popular Education*, Dar-es-Salaam, 1983.
- Rahman, Md. Anisur: «The Theory and Practice of Participatory Action Research» en O. Fals Borda (ed.): *The Challenge of Social Change*, Londres, 1986.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo: *Desana*, Bogotá, 1968.
- Simposio Mundial de Cartagena: *Crítica y política en ciencias sociales*, Bogotá, 1978.
- Taussig, Michael: *Shamanism. Colonialism and the Wild Man*, Chicago, 1987.
- Wolf, Eric: *Europa and the People Without History*, Berkeley, 1982.